

Aunque por el tono y el ademán del hijo conoció la madre que algo extraordinario había ocasionado tan súbita mudanza, se guardó de indiscretas preguntas, y cogiéndole la palabra, se dedicó desde entónces, sin levantar mano, á arreglar sus asuntos y á hacer los preparativos para la marcha. Celebró al efecto varias entrevistas con el judío Nataniel, hombre de probidad, sin dejar de ser codicioso, que le allanó algunas dificultades; y despues de haberse concertado con un arriero mozárabe, que tenía excelentes mulas de paso y hacía periódicas expediciones á Málaga, se fijó el día de la partida, que debía serlo el mismo en que otra familia salía también para dicho punto; pues en los tiempos de nuestra historia, á pesar de los adelantos de la civilización árabe, no era grande la seguridad de los caminos, y los viajeros preferían juntarse en pequeñas caravanas á aventurarse solos por sierras y despoblados.

Los días no más faltaban ya para la marcha. Los baulles hechos, todo dispuesto y arreglado. Hubiérase dicho que á la buena viuda se le habían quitado diez años de encima; su hijo, por el contrario, parecía muy abatido, y melancólico, y soñador. Desde que el viaje fué definitivamente resuelto, mientras ella se ocupaba diligente y gozosa en las oportunas prevenciones y preparativos, él subía al mirador de la casa y se pasaba horas enteras con los ojos fijos en el alcázar de Córdoba, por cuyas tapias empinadas asomaban los árboles de los jardines, y entre cuyos alicatados chapiteles se complacía en revolver, con las alas del espíritu, como la deslumbrada mariposa en torno de la llama que debe abrasarla.

De más notaba Justina la tristeza y enajenamiento de su hijo; pero estaba persuadida de que con el cambio de aire y de vida y las nuevas impresiones, muy en breve volvería al juvenil semblante su apacible serenidad. Tal era la diversa disposición de ánimo en que Aléxis y su madre se hallaban cuando al llegar mediodía ambos se sentaron á la mesa, uno enfrente de otro.

La vieja Kinza se había esmerado aquel día, y presentó delante de sus amos una cazuela de azafranado arroz con pollo y pimientos, á cuya grata vista y oloroso vaho se le hubiéra hecho un agua la boca al más melindroso é inapetente.

—Come, hijo mio, le dijo su madre, sirviéndole buena porción de la sabrosa vianda. Es tu plato favorito.... Y bebe, bebe un poco de Montilla, añadió, llenándole la taza que tenía al lado. El vino añejo restaña las fuerzas y alegra el corazón. Nosotros, bendito Dios, somos cristianos y podemos beberlo.

Justina rebosaba de contento, y se afanaba cariñosa por comunicarlo á su hijo. Por desgracia, un accidente imprevisto turbó inopinadamente aquel sencillo é interesante cuadro de familia. Cuando más descuidados estaban, resonaron dos golpes en la puerta de la calle. Como no esperaban á nadie á aquellas horas, Justina se sobresaltó algun tanto, y Kinza acudió presurosa á ver quién llamaba. Un momento despues tornó seguida de un oficial de palacio, quien de órden del Califa significó á Aléxis que se presentase al anochecer en la régia morada, y que fuese acompañado de su lira.

Desde aquel momento se anubló la frente de Justina,

el gozo huyó de su alma, y por amarga ironía de la suerte, brilló al mismo tiempo, como iluminado por súbita luz, el macilento rostro de Aléxis; é invertidos los papeles, ella era ahora la taciturna, y él quien trataba de animarla.

— ¿Qué importa, madre mia, que Hixem me llame para que le recite miétras cena alguno de mis cantos, ni en qué dificultad eso ni desbarata nuestros planes? No te aflijas: yo le diré que tu salud exige que nos ausentémos algunos meses de Córdoba. ¿Cómo se ha de oponer? Nosotros somos libres.

Justina, sin responder palabra, rompió en llanto.

— Enjuga, por Dios, esas lágrimas, le dijo Aléxis. Nada me detendrá: estoy enteramente resuelto á partir.

El tono firme de su hijo la tranquilizó algun tanto, pues, no sin razon, habia siempre creído que el obstáculo en que hasta entónces se estrelló su proyecto de viaje, más habia consistido en la repugnancia de Aléxis á emprenderlo que en el empeño que el indiferente y tornadizo Hixem pudiera poner en estorbarlo.

Una hora ántes de echarse el sol, Aléxis se aderezó con sus mejores galas, para lo cual hubo que deshacer uno de los baulés, y cogiendo la lira, salió de casa con su madre, que, muy triste y cavilosa, lo quiso acompañar hasta cierto punto de la vía. Y al separarse de su hijo, no sin estrecharlo ántes á su oprimido seno,

— Vén pronto, le dijo con voz trémula y acongojada.

Tales extremos de pesar y ternura ejercieron su natural influjo en el ánimo de Aléxis, que se apartó de su madre conmovido y angustiado. Poco á poco, sin em-

bargo, á medida que iba avanzando, al respirar el suave ambiente de la tarde entre las acacias y sicomoros que guarnecian el camino, que bajaba en manso declive, y al contemplar á Córdoba en el fondo del valle, tendida entre huertos y jardines sobre las márgenes del Guadalquivir, con sus cúpulas de oro y sus calados alminares reverberando los últimos rayos del sol poniente, las tristes impresiones que llevaba en el alma se fueron desvaneciendo, y dando penas al olvido, asaltaron de nuevo su fantasía las risueñas imágenes de la morada de Hixem, destacándose entre todas la figura de Sélima, llena de luz, de encanto, de vida, y subyugándole el corazón con sus ojos azules, su tez de alabastro y sus labios de fuego.

A pesar de las crueles expresiones «no esperes verme, ámame desde lejos», dentro de breves minutos iba á volverla á ver y á escuchar su voz, tal vez á acompañarle alguna canción y á adorarla de cerca. En medio de tan mágico ensueño, la idea del próximo viaje llegaba bruscamente á turbar su ilusoria felicidad. Pero en su espíritu voluble buscaba razones para convencerse á sí propio de que aún era posible retardar el malhadado proyecto.

Embebecido en estos devaneos, entró en la ciudad cuando las sombras de la noche empezaban á envolverla. Llegado que hubo á la plaza de Palacio, la misma persona desconocida para él que le había llevado la orden del emir y le estaba aguardando, se le acercó para conducirlo; y evitando la puerta principal, donde estaba la guardia, le introdujo por otra ménos visible en el al-

cázar. Llevándole luégo por una escalera interior, le hizo atravesar várias salas solitarias, y abriendo una puerta, le empujó suavemente por ella, cerrándola otra vez á sus espaldas. Aléxis apartó la cortina, y se quedó suspenso y sin atreverse á dar un paso, al verse, sin los rodeos y ceremonial de costumbre, en la propia estancia de Hixem, y á éste de hinojos sobre una alcatifa, vuelto hácia Oriente, rezando en voz baja la azaala de la noche. Por lo demas, nada del poético cuadro que el ilusogriego habia soñado. En el vasto aposento, que una araña de oro con siete mecheros iluminaba, nadie más que el Iman de los fieles, de rodillas, como hemos dicho, y con los ojos entornados, murmurando perezosamente su oracion. Terminada ésta, Hixem se puso de pié, y notando á Aléxis, le hizo seña de que se acercase y le dijo:

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Desde que se han empeñado en que estoy enfermo, vivo con ménos libertad que el último de mis esclavos... No debo pasear por los jardines, porque el aire me enfria ó el calor me enerva; el relente me es perjudicial, y apénas cae la tarde me he de ahogar con las ventanas cerradas; la sala de los banquetes da á un estanque, y para evitar la humedad me han de servir de comer en este aposento. Han acabado por separarme de mis mujeres, y ni Zoraya consienten ya que esté conmigo. Pretenden que es por mi salud... Yo bien sé que mi cuerpo es débil, mi alma no tanto como se figuran; pero siempre fuí lo mismo, y así seré ¡Alah me acoja en su misericordia! hasta el fin de mi vida. Cada uno ha nacido para lo que es en el mundo, y á nadie le es dado contrastar el destino. De todos

modos, continuó sentándose en un almohadon y haciendo signo á Aléxis de que ocupase un escabel cerca de su persona, agradezco á mis carceleros que hayan deferido á mis deseos, llamándote para que disipes un poco el tedio que me consume. Tus cantos y tu lira me harán olvidar un rato la triste suerte que me ha cabido en la tierra bajo la tiara del Califa.

Calló Hixem, y como Aléxis manifestaba cierto émbarazo y no se atrevia á contestar,

—Habla, dijo el Emir. Te autorizo á que expreses tus sentimientos en mi presencia. Si no has ganado batallas ni conquistado pueblos, prefiero tu humildad á la soberbia de mis walies.

—Señor, pienso que los males de que te quejas serán pasajeros, y que cuando tus fisicos no vean en ello peligro para tu salud, sin que nadie se atreva á estorbarlo, volverás al género de vida que más te cuadre.

—¿Y qué peligro puede haber en que vea bailar á Zaida, ú oiga á Sélima improvisar sus versos, ó en que me pasee bajo los árboles en Lulú, mi mulita del Irak, tan dócil y mansa? Pero del mal el ménos; y ya que estás aquí, tú sabrás con tus peregrinas leyendas distraer mi espíritu atribulado. Quiero que me cuentes esta noche la historia de algun rey que haya sido más desgraciado que yo; ése me consolará, tal vez, de mis cuitas presentes.

Aléxis, aunque no poco disgustado, viendo que la velada no se presentaba como él se la habia figurado, para complacer á su señor empezó á recitar la trágica historia de Edipo, rey, que Hixem escuchaba con profunda atencion.

Llegada cierta hora, el servicio de la cena del Califa fué causa de que la narracion se suspendiese.

Aléxis notó con extrañeza la falta del ostentoso aparato que habia presenciado otras veces en casos semejantes. Por toda servidumbre, dos oficiales de palacio que le eran enteramente desconocidos. No se presentaron ni el Maestre de boca que debia gustar las viandas ántes de ser servidas al soberano, ni el jefe trinchante de las carnes, ni el copero ó escanciador, ni otros empleados que solian asistir á la comida del Califa.

Miéntras los dos servidores ántes mencionados disponian sobre una mesa muy baja fuentes de oro con exquisitos manjares; platos de chinesca porcelana con sazonadas frutas; jarros de cristal de roca con bebidas fragantes y espumosas, y un cáliz inestimable, cuajado de piedras preciosas, de que usaba generalmente Hixem, éste, levantándose de su asiento, se dirigió á una pila de alabastro que habia en un ángulo, y abriendo el cincelado grifo, se mojó las manos, se frotó despues los brazos hasta el codo, y la faz, por último, todo en la forma ritual. Hecha la ablucion, volvió á sentarse; y pensativo con la trágica historia que le habia relatado el juglar,

—¡ Pobre rey! exclamó. Ya veo que no hay infortunio que no pueda ser superado por otro mayor, y que no hay medio de sustraerse al rigor de los hados... Pero tratemos ahora de esparcir el ánimo. La mesa está preparada; y pues me dejan en el aislamiento que ves, y eres tú el solo que viene á aliviar mis cuitas, yo te convidó á mi cena. ¿Qué me importa tu humilde condicion? La hospitalidad es un precepto religioso, y si el último de los

árabes la practica bajo su tienda, ¿por qué el Emir de los creyentes no la ha de ejercer en su palacio?

Aléxis, á un signo de su señor, se dirigió á la concha de alabastro; y despues de purificarse, se sentó tímidamente á la opípara mesa.

—Nada hay más triste que comer solo, continuó Hixem, ni hay plato bueno si el espíritu no está exento de zozobra y opresion.

La desgracia, gran maestra de verdades, parecia abrirle el entendimiento é infundirle sabiduria.

Aléxis lo escuchaba con sincera, pero silenciosa compasion. Asaltándole ademas siniestras sospechas, no sin recelo llevaba á los labios los manjares que le servian, y sobre todo el *fokka* y el *mazar* (1), de que le habian llenado las tazas. Y á pesar de la riqueza y abundancia de aquella mesa, preferia en su corazon la pobre, aunque limpia, de su modesto hogar.

Várias veces durante la cena sintió comezon de anunciar á Hixem su próximo viaje; pero ni hallaba conveniente forma á su pensamiento, ni propicia la ocasion, pues le ocurría, no sin fundamento, que era corresponder muy mal á las benévolas demostraciones del Emir decirle en aquellas circunstancias que él tambien lo abandonaba.

Quando la cena terminó, Hixem fué á sentarse á otro lado de la estancia, cerca de un velador, en el que le pusieron una rica salvilla con tacitas chinescas y un pre-

(1) Bebidas fermentadas de que usan los árabes, formada la primera de jugo de dátiles, y la segunda extraida de la cebada.

cioso jarro, lleno de aquel delicioso néctar compuesto con haschisch, la llave del Paraíso, como él le llamaba.

Luégo que se fueron los servidores, Aléxis cogió su cítara, y para distraer al Emir, empezó uno de sus cantares; mas ántes que lo acabase, sintiendo Hixem que dulce sopor comenzaba á enajenar sus sentidos, y deseando en torno profundo sosiego, hizo seña á Aléxis de retirarse. El juglar, á quien pesaba aquella noche, cual si fuera de plomo, la atmósfera del regio alcázar, y que ansiaba con tan vivo afán como ántes hallarse en él, abandonarlo ahora, sintió aliviársele el pecho con la orden del Califa; y de puntillas, para no disturbarle, se apresuró á salir por la misma puerta por donde habia entrado.

No bien se quedó solo Hixem sumido en su grata soñolencia, estrépito repentino y un grito agudo que resonaron distintamente en la estancia, lo sacaron brusca- mente de su adormecimiento. Miró en torno despavorido, y corriendo á una de las puertas, la halló cerrada por fuera; se dirigió á la otra, y lo estaba también.— «¡Traicion, traicion!», gritó entónces creyéndose perdido. En esto se presentó Wadha, pálido el rostro, la figura descompuesta.

—Señor, señor, le dijo, no hay tiempo que perder. Los sicarios de Mohamed te rodean. Ten confianza en mí. Si me sigues, aún puedo salvarte.

Y echándole un pardo albornoz sobre los hombros, lo sacó del aposento, le hizo atravesar un corredor oscuro, y por una escalera interior lo bajó á los jardines, corrió con él á la mina; y sacando una linterna sorda que lle-

vaba preparada, ambos penetraron en el subterráneo y desaparecieron.

Pasaban una tras otra las horas de la noche, y Aléxis no tornaba al hogar. Justina, que se habia propuesto no acostarse hasta que su hijo no entrase, daba vueltas al huso inquieta y desvelada.

Es imposible, pensaba, que se haya quedado á dormir en palacio. Lo habrán ocupado durante la cena del Califa, y despues despedido como otras veces. ¡Si habrá tropezado con malhechores en el camino!...

Pero luégo le ocurría que la calzada de Córdoba á Zahra se hallaba guarnecida de casas de campo, y que una ronda de kaschefs (1) vigilaba en ella desde la puerta del sol.

«A no ser, se decia, que careciendo de salvo-conducto; no le hayan franqueado las puertas de la ciudad, cerradas por la noche. En ese caso no le habrá faltado techo bajo que guarecerse. Nataniel es nuestro amigo, y, aunque judío, bondadoso y hospitalario.»

Con tales conjeturas procuraba la pobre madre calmar su impaciencia; mas de súbito le venía á las miéntes la idea de los misteriosos amores de su hijo; y su alarma é inquietud se convertían en angustiosa ansiedad. Entónces dejaba el huso, y á la opaca luz de la

(1) Especie de guardia á caballo, encargada de la vigilancia y seguridad de las afueras.

lámpara de aljófár que, débilmente iluminaba la estancia, se ponía á andar de un lado á otro, sin saber ella misma lo que hacía. En este estado la sorprendió la aurora, y al notar en la ventana vaga claridad, subió á la azotea, desde donde se dominaba parte del camino. El panorama que se ofreció á su vista, iluminado por el sol naciente, era en verdad grandioso y admirable; mas para ella en aquel momento todo el universo se concentraba en su Aléxis, y no acertaban á descubrirlo sus ojos.

El astro rey se fué levantando majestuoso de su fantástico lecho de arrebolados vapores; las aves lo saludaban con sus gorjeos, y en los vecinos campos renacían el movimiento y la vida.

Por el camino, húmedo aún del relente de la noche, empezaron á descender aldeanos de ambos sexos, con vasijas de leche y cestos cargados de legumbres y frutas; pero Aléxis no parecía.

De pronto llamó la atención de Justina un golpe de caballeros árabes que á toda brida subían la calzada; mas dejando á corta distancia de Zahra aquella ruta y tomando otra dirección, se perdieron á poco en los repliegues de la Sierra. Luego se le figuró percibir confuso é inusitado clamor hácia la parte de Córdoba. Aléxis, entre tanto, no acababa de llegar. No pudiendo ya dominar su impaciencia y desasosiego, dejó la azotea, se echó un manto, y toda azorada salió de su casa, con ánimo de recorrer la vía hasta encontrarse con su hijo. No habria andado por ella diez minutos, cuando vió venir dos hombres del pueblo hablando entre sí con mu-

cha animacion, y que parecian miazárabes por el traje. Aunque en la honda preocupacion de su espíritu no se fijára en ellos, como al cruzarse con los tales oyese que el uno decia al otro: «La muerte de Hixem es aún mayor desgracia, por no haber dejado hijos», esto la paró, sus ideas tomaron repentinamente otro giro, y acercándose por un impulso irreflexivo á los viandantes,

—¿De qué Hixem hablais, les preguntó, que decís que ha muerto?

—¿De quién ha de ser? del Califa.

—¿El Califa ha muerto? ¿Cómo?... ¿cuándo?...

—Nosotros no sabemos más sino que anoche se acostó ya muy decaído y falto de fuerzas, y que esta madrugada, al entrar en su cámara, lo hallaron cadáver en el lecho. Pero si vas á Córdoba, pronto te informarás de todo, pues en las mezcuitas están anunciando su muerte, y nadie habla más que de tan infausto acontecimiento.

Justina, en la triste nueva que aquellos hombres le daban, creyó hallar la explicacion de la tardanza de su hijo.—«No es creible, decia entre sí prosiguiendo su marcha, que Aléxis viese anoche al Emir, encontrándose ya tan grave; pero al enterarse de su estado, no habrá querido salir del alcázar hasta conocer el fin de la crisis. De todos modos, una vez sabido su fallecimiento, bien podia haberse apresurado á traerme tan importante noticia.»

Con estas reflexiones avanzaba por el camino, que se iba poblando de gente de las casas contiguas, que acudía á Córdoba llevando en las manos manojos de flores,

ó ramillos de brezo y de ciprés; y ya cerca de la ciudad, se vió rodeada y oprimida por una gran multitud, afanosa por ganar el ingreso de la almenada puerta. Arrastrada por la corriente, más que movida por la propia voluntad, se encontró Justina, sin saber cómo, dentro de la poblacion; pero no siendo otro su objeto que juntarse con su hijo, y temiendo que miéntras ella vagase á la ventura por las calles, él saliese de la ciudad por la misma puerta que, empujada por el tropel, acababa de franquear, se subió en el umbral de una casa para evitar el flujo de la muchedumbre, y ántes de seguir adelante, pensar lo que le conviniese hacer. Reflexionando un momento, le pareció lo mejor dirigirse al alcázar por el camino más corto, que era el que llevaba la gente, y si no topaba con su hijo, introducirse, á serle posible, en la morada régia, preguntar si sabian de él á los servidores. En caso de que no estuviera allí y nada averiguase, correría á casa de su buen amigo Nataniel, donde, á ménos que no se le hubiese tragado la tierra, habría de hallarlo seguramente. Una vez fijado su plan se mezcló con el pueblo, y siguiendo el movimiento general, al cabo de un cuarto de hora penetró en la vasta plaza de palacio. Aunque era inmenso el gentío, dobles centinelas de kaschefs en las bocacalles, y el Mothesib (1) con sus alguaciles convenientemente apostados, evitaban el tumulto y mantenian severamente la circulacion y el orden. Desde el gran balcon ajimezadó que se ostentaba en el centro de la fachada del alcázar, pendia á me-

(1) Especie de prefecto de policia.

dia asta el pabellon de los califas, velado en fúnebre gasa. Y de negro crespon era el lazo que se advertia en las empuñaduras de los alfanjes, en los arcos de las ballestas, ó á guisa de pendoncillo, sujeto al hierro de las lanzas de la guardia de honor desplegada á uno y á otro lado de la puerta principal.

Justina se quedó un momento indecisa y perpleja; mas al sentirse empujada por la multitud y ver que el pueblo entraba en palacio sin que nadie se lo estorbase, no pudo ménos de exclamar:

— Pero ¿á dónde va esa gente?

— Donosa pregunta, le contestó un vecino : donde tú misma; á ver el cuerpo del Califa, expuesto en una de las salas bajas del alcázar.

El ver el cadáver del infortunado Hixem no era ciertamente el móvil que allí la traia; pero ya que con tal motivo podia sin dificultad introducirse en palacio, aprovechaba la ocasion, pensando, una vez dentro, no salir hasta saber noticias seguras de Aléxis.

La entrada principal del regio edificio, en forma de herradura, y del caprichoso estilo que hoy llamamos mudéjar y tanto nos hechiza, daba acceso á un vasto portal sustentado por airosos pilares, que comunicaba con un gran patio rectangular, rodeado de espaciosas galerías con arcos y columnas, en cuyo centro se levantaba una hermosa fuente de mármol.

Contigua á una de las galerías, y con dos anchas puertas cintradas sobre la misma, hallábase la grandiosa cámara donde el difunto emir estaba de cuerpo presente. Era ésta una especie de capilla, cuya extensa planta for-

maba un arco prolongado que tenía por cuerda la gruesa pared que del patio la separaba. Recibía la luz por algunosafilgranados ajimeces abiertos en lo alto, cerca del friso, y desde el pavimento de mosaico hasta el elevado techo, deslumbradora bóveda de estalactitas de oro, toda ella estaba colgada de negros paños con medias lunas de plata y franjas y pasamanería del mismo metal. Una verja ó cancel de hierro de peregrinas labores dividía la nave en su parte inferior, limitando el espacio en que era admitido el pueblo, el cual entraba ordenadamente por una de las dos puertas ántes mencionadas, debiendo salir por la otra. Del opuesto lado de la verja estaba la parte que podríamos llamar reservada, y donde, colocado de frente, yacía el Califa sobre un lecho imperial, que revestía ancho tapete de negro velludo, cuyas puntas, con borlas de oro, llegaban al suelo, y cubría un rico dosel, en cuyo centro brillaba el excelso blason de los Omeyas.

Deslumbrantes galas servían de mortaja al inanimado cuerpo del Emir, más objeto de curiosidad que de pena é interes para la multitud que á contemplarle acudía. Un turbante verde claro, que ornaba un airon de cándidas plumas, prendido con un broche de diamantes, ceñía la yerta cabeza, que un cojin sostenía levemente inclinada hácia adelante. La túnica era blanca y de un tejido particular, de lana y seda, en que por todas partes se repetía el nombre del difunto; el ancho calzon verde, como el turbante, y ceñido á la garganta del pié por dos arcos de pedrería. Las sandalias, de tafleté leonado con recamos de púrpura. Tenía los brazos cruza-

dos sobre el pecho, y la expresion de su rostro era noble y serena. Un rayo de sol que rompía por uno de los calados ajimeces y pasaba sobre su pálida faz, parecia envolverla en una aureola. A los ángulos del catafalco humeaban cuatro pebeteros embalsamando el ambiente. Notábanse á la derecha del túmulo dos ricos almohadones: en uno estaba abierto un magnífico ejemplar del Coran; en el otro, bajo un velo muy tenue de gasa negra, se veía una tiara, un cetro y un alfanje, emblemas del califato. Cuatro jeques árabes, envueltos en sus haiks, con desnudas cimitarras en las manos y apostados simétricamente, velaban de pié y en severa actitud junto al fúnebre monumento; y á un lado y á otro yacían prosternados varios imanes y faquires, y detras servidores y empleados de la casa, aunque entre ellos, ninguno de los antiguos.

El pueblo, como tenemos dicho, entraba por una puerta y salía por la otra para evitar confusion. A medida que llegaban enfrente del cadáver los que traían flores ó ramillos de brezo, mirto ó cipres, los echaban por entre las barras del cancel á los piés del túmulo. Justina no llevaba ninguna ofrenda, y al verse en la sala mortuoria pensó pasar de largo; pero al mirar vagamente la amarilla faz del difunto, una violenta sacudida estremeció todo su sér. Cogiéndose entonces á los hierros con las manos crispadas, volvió á mirar el yerto é inanimado semblante, aunque ahora con singular fijeza, y examinándolo con indecible expresion de angustia y de espanto, lanzó un alarido y cayó desplomada.

Hubo un momento de confusión, y acudieron dos alguaciles á restablecer el orden.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó uno de ellos en voz baja á una mujer que, envuelta en un negro manto y la cara cubierta, con ayuda de un tercero sostenía á la infeliz Justina.

—¿Qué ha de ser? contestó con extraña vehemencia la desconocida. El dolor, que le ha hecho perder el sentido.

Entónces sacaron á la desmayada al patio, y aproximándola á la fuente, le rociaron con agua el rostro para que volviese en sí. Al cabo de algunos minutos empezó, al parecer, á recobrar sus facultades; mas al preguntarle qué tenía, se llevó la mano á la frente, como si pugnára por acordarse de lo que le había acontecido; luégo quiso hablar..... imposible; ni su garganta ni su lengua se prestaban á modular palabras. Después de varios esfuerzos, en que los ojos parecían salirse de las órbitas, tendió los brazos hácia la cámara en que estaba expuesto el difunto, y rompió en una horrible carcajada, la que se repetía cada vez que intentaba explicarse. Esta escena atrajo por de contado bastante gente, y aún ocasionó gran tumulto; y ya los alguaciles se apoderaban de la desgraciada para sacarla de allí, cuando acertó á pasar Wadha, y movido de curiosidad, penetró en el grupo en que Justina se hallaba, muy ajeno de quién ella fuese, pues no la conocía, y tratando de informarse del caso, se le acercó la tapada del negro manto, y le dijo al oído: «La madre de Aléxis. Ten piedad de esa desventurada.»

Al oír tales palabras, Wadha se quedó en una pieza, y al buscar con la vista, no repuesto de su estupor, la persona que se las dirigiera, ésta había ya desaparecido en la multitud. Sin embargo, con su natural perspicacia y los antecedentes que ya tenía, creyó adivinar quién fuese la tapada misteriosa, y resolvió en su mente avisarse con ella, y presentándose á sus ojos exento de culpa en el consumado crimen, ganarla á su causa, y sobre todo, asegurar su silencio. Pero lo que más le inquietaba por el momento era el que Justina no fuese á hablar; y afectando la mayor compasión por aquella infeliz, dió orden de que la trasportasen á su propia casa, que estaba cerca de palacio, para que allí se le prodigasen los cuidados que su triste situación exigía.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

IV.

Cuando Wadha llegó á su casa, se presentó á Justina, creyendo pasajero el estado de convulsiva agitacion en que la halló en el alcázar, y muy temeroso de que, recobrada de aquel trastorno, denunciase á los cordobeses, para vengar la muerte de su hijo, la siniestra burla de que habian sido objeto. El sagaz eslavo, confiando en su habilidad, se proponia calmarla, y arrojando toda la odiosidad del crimen sobre Mohamed, hacer de aquella desdichada un precioso auxiliar de su poder é influjo en la nueva situacion que los sucesos habian creado.

— Mohamed es el solo culpable, le dijo. Todos mis esfuerzos fueron vanos para contener su ambicion y evitar ese crimen. Domínate un poco, templa ese dolor; el mal no tiene remedio; pero si sabes guardar el secreto de tu amargura, muy pronto gustarás el placer de la venganza. Yo te juro que Mohamed pagará con la vida su loca usurpacion y el daño que te ha hecho. Confia en mí y espera resignada la hora de la justicia.

Justina oia todo eso con la expresion estúpida de una persona dementada, y por toda respuesta, se empezó á reir con la funesta risa que ya le conocemos.

Wadha comprendió que, por el momento, no habia medio de entenderse con ella, y por un sentimiento de humanidad, no exento de egoismo, mandó que la condujesen á su casita de Medina Zahra, poniendo á su lado una persona de confianza que la cuidára, y observase y le diese á él aviso de cualquier alteracion en el estado de la doliente.

Entre tanto Mohamed fué declarado Califa por algunos walies y wazires, sus parciales, congregados á este fin en una cámara del alcázar, y aclamado con entusiasmo por los árabes y los eslavos. La guardia africana se mostró ménos regocijada, y no faltaron acerbas murmuraciones y áun conatos de rebeldía, que á fuerza de oro se logró por el momento acallar.

El nuevo Principe de los fieles tomó el sobrenombre de *El Mahadi Bila* (el enviado de Alah), y en todos los mimbres se hizo ya por él pública oracion.

Su primer acto fué decretar pomposas exequias al supuestamente difunto Hixem, y para honrar más señaladamente su memoria, hizo depositar el cadáver en un magnífico sepulcro, á la sombra de hermosos árboles, en uno de los patios del alcázar.

Al instalarse en la régia mansion, trató con gran miramiento á las mujeres de Hixem, proponiéndoles que se quedáran las que quisieran en el harem imperial, donde, cumplido el luto, las haria suyas. Todas aceptaron, excepto Sélima, cuya resolucion fué respetada, dándosele vivienda aparte, con medios para subsistir decorosamente.

No obstante haber realizado sus ambiciosos deseos y

hallarse en el goce de los supremos honores, el espíritu de sedición de la guardia africana tenía á Mohamed receloso y desvelado. Sabía que entre los jefes se pronunciaban á cada paso las palabras: «crimen y usurpacion», aludiendo á su encumbramiento, y que los mismos soldados, á quienes á fuerza de dádivas logró contener, pero cuyos corazones no se cuidó de ganar, á la más ligera instigacion se levantarían para derrocarlo.

Urgia, pues, atacar el mal. Antes, sin embargo, de tomar una medida violenta, trató de asegurarse la adhesion de los esclavos—muy numerosos en Córdoba, y de los cuales estaba formada una parte importante de la milicia—colocando á sus principales corifeos en altos puestos, y confiando el cargo de hagib á Wadha, que, á más de su prestigio personal, era en cierto modo el árbitro de la situacion, teniendo, como tenía, oculto en su poder, sin que nadie, ni el mismo Mohamed supiese dónde, al depuesto Hixem.

Hallábanse á la cabeza de la guardia africana, con gran ascendiente en ella, dos bizarros caudillos, Raxid y Suleiman, ambos de prosapia ilustre, particularmente el segundo, que era de familia ommiade, y jóven todavía y de gallarda presencia. Aunque muy superiores en cultura y alteza de pensamientos á sus agrestes y rudas tropas, no dejaban de participar de sus odios y pasiones, si no por motivos de raza, que los dos eran de la árabe más pura, aunque nacidos casualmente en Africa, por el estímulo de la ambicion que movia sus pechos; y su mal disimulado encono al bando dominante. No cabía, pues, duda, exacerbado más que nunca el antiguo

antagonismo entre árabes y berberiscos, de que un día ú otro habia de estallar entre ellos la tremenda lucha. Y como pequeñas causas suelen á veces determinar la realizacion de grandes sucesos, un incidente de carácter puramente privado vino á precipitar la pavorosa contienda, que, sin esa circunstancia, acaso hubiera podido aplazarse, si no evitarse.

Hemos referido al principio de nuestra narracion que, al ser destinada la bella Sélima por la poderosa Sobeya al indiferente Hixem, un jóven guerrero, pariente lejano del Emir y enamorado locamente de la peregrina hurí, quedó sumido en profunda amargura, buscando desde entónces la muerte con ciego empeño en el azar de los combates. Pero la muerte, que suele huir de quien afanoso la busca, y sorprender al que no la llama, no quiso apiadarse de sus males, y aquel temerario brio llevó en poco tiempo al despedido Suleiman al elevado puesto donde ahora lo vemos, al frente de la guardia africana. En él se hallaba cuando, sabedor de que Sélima habia rechazado las proposiciones de Mohamed, volviéndola á ver libre, sintió de nuevo abrasársele el alma en el mal apagado incendio de su antigua pasion, y no habiendo ya nada, pues con la voluntad de la bella creia contar, que se opusiera á sus deseos, le escribió una carta tan noble como expresiva, recordándole los sentimientos que su hermosura le habia en otro tiempo inspirado, y pintándole la constancia de un amor tan hondo y verdadero, que habia resistido á terribles pruebas sin que nada lograra borrarlo. «Vuelvo á ofrecerte, le decia, mi pobre corazon, herido sí, pero siempre ena-

morado. Si hoy, que eres libre, quieres ser mi esposa, en él reinarás como única y absoluta sultana; que fuera insignie locura, poseyendo un cáliz de oro y perlas, beber en vaso de grosera arcilla.»

La respuesta de Sélima no se hizo esperar, dándosela en estos extraños términos:

«Admiro tu nobleza y acojo tus sentimientos con viva gratitud; pero no es el momento de tiernas expansiones. Libra primero al Imperio del cruel usurpador del trono, y luégo será tuya

SÉLIMA.»

Esta carta fué la chispa que determinó el incendio. Pues avisado Mohamed á los pocos dias de que se fraguaba una vasta conspiracion contra su persona, y que zenetes y berberíes estaban próximos á sublevarse, decretó enérgicamente la expulsion de la guardia africana.

Raxid y Suleiman se juntan en seguida y arengan á sus escuadrones, pintándoles con vivo colorido lo ignominioso de salir de aquella manera de la capital, donde desde los tiempos de Abderahman I habian los africanos formado constantemente la guardia de honor de los califas. Añaden que Mohamed es un usurpador; que Hixem ha muerto envenenado, y que ellos, con los que les sigan, resistirán las órdenes del tirano mientras les quede sangre en las venas y brío en el corazon.

Llenos de entusiasmo los soldados, juran no abandonar á sus caudillos, y triunfar ó sucumbir con ellos en la

demanda. Luégo caen de improviso, guiados por sus jefes, en la plaza de palacio, cercan el edificio y empiezan á pedir á gritos la cabeza del Emir, tratándole de traidor y asesino.

Aunque Mohamed era previsor y tenía adoptadas las disposiciones necesarias para hacer cumplir su decreto y dominar toda resistencia, no se esperaba tan brusca acometida; así que era muy escasa la fuerza que en aquel momento guarnecía el alcázar. No desmayó, sin embargo, y repartiendo convenientemente sus soldados, sostuvo con vigor el asedio, dando lugar á que llegasen más tropas leales. Los eslavos se unieron á los árabes, y acudiendo igualmente el pueblo, que odiaba á los africanos, á ponerse de parte del Califa, creció la pelea, extendiéndose tambien á otros puntos de la infortunada capital, donde la guerra civil habia tomado asiento y naturaleza.

Dos dias, porfiada y sangrienta, duró la lucha. Raxid y Suleiman obraron prodigios de valor. Desgraciadamente, en uno de los terribles choques que sin cesar se renovaban, y cuando Raxid con los suyos, cual torrente asolador, iba arrollando cuanto se le ponía por delante, una flecha disparada desde una ventana le atravesó el corazon. Al verlo caer exánime del caballo, su gente quedó consternada, y aflojando ya el ímpetu de su fiereza nativa, se vió compelida á abandonar la plaza. Los hijos del Mogreb habian sido vencidos, pero no domados. Respirando ódio, jurando venganza, reconocieron por jefe supremo á Suleiman, bajo cuyo mando y direccion se alejaron de Córdoba, aunque no sin dejar en

sus alrededores tristes señales de vandalismo y rapacidad. Ricas alquerías fueron saqueadas, y varios grupos de aquellos bárbaros, ávidos de botín y exterminio, se corrieron á Medina Zahra con el feroz intento de saquearla y destruirla, propósito que los salvajes empezaron á ejecutar prendiendo fuego al maravilloso alcázar y otros edificios. Lo cual, notado con indignacion por los cordobeses, Wadha salió en persona al frente de mil caballos á poner coto á aquellas abominables depredaciones.

Los africanos huyeron al acercarse los árabes, que áun llegaron á tiempo de salvar con sus tesoros la mayor parte de la poética mansion de los Omeyas, pero no de evitar que en otros puntos ardiese hasta consumirse el caserío.

Al aproximarse Wadha á un extremo de la poblacion, donde era más densa la humareda, un extraño espectáculo, lleno de terrible amargura, se ofreció á su vista: una vieja escuálida y desgñada, hecho jirones el vestido y subida en un montecillo á corta distancia del incendio, señalaba con el dedo, riéndose á carcajadas entre convulsas contorsiones, una casita blanca que devoraban las llamas: era la desventurada Justina, la loca de la risa, como la llamaba el pueblo, y á cuyo pobre hogar habian prendido fuego los berberies.

V.

Movido por el deseo cada vez más vehemente de poseer á Sélima y por el ciego afán de la venganza, el caudillo de los africanos, que no era, por otra parte, muy escrupuloso en los medios con tal que condujesen al fin que se proponía alcanzar, ajustó pactos con Sancho García, conde de Castilla, conviniendo en cederle varias plazas y fortalezas en cambio de una hueste numerosa que le ayudase á llevar á cabo la empresa que intentaba. Sancho cumplió su promesa, y Suleiman, reforzados sus berberiscos con tropas leonesas y castellanas, volvió sobre Córdoba á probar de nuevo la suerte de las armas.

El Emir, no ménos valeroso que su adversario, le salió al encuentro con sus bizarros andaluces; pero trabada la pelea con furia igual por ambas partes en el sitio llamado Gebal Quintos, á breve distancia de la capital, la inconstante fortuna le volvió la espalda, y dejando millares en el campo, con las reliquias de su destrozado ejército corrió á refugiarse en Toledo al abrigo de su deudo Obeidhala, walí de aquella provincia, quedando abiertas al vencedor las puertas de la metrópoli.

Demasiado sabía Suleiman el ódio de los cordobeses á los africanos; y no estando muy seguro de que el pueblo permaneciese tranquilo á su entrada en la ciudad, la estuvo demorando un dia y otro con estudiados pretextos.

Entre tanto, el verdadero árbitro de Córdoba lo era el sagaz y flexible Wadha, cuyo consejo todos buscaban en aquel trance, y á quien todos respetaban y obedecían. Antes de tomar una resolución, también quiso consultarle Suleiman, llamándole con ese objeto á su tienda.

Wadha, que siempre hallaba medio de sobrenadar en la confusa marejada de los opuestos bandos, inclinándose con los esclavos del lado que más ventajas le reportase, no tardó en presentarse al caudillo de los berberies, que lo acogió con señaladas muestras de consideración y le habló de esta manera:

— Bien sabes que la victoria de Gebal Quintos me hace dueño del Imperio, y que sería verdadera demencia de parte de los cordobeses querer estorbarme la entrada. Sin embargo, como no faltan espíritus inquietos, ni gentes que sólo viven de disturbios y revueltas, te he mandado llamar para saber de tus labios si al franquear las puertas de la capital he de llevar en la diestra el hierro ó la oliva. Yo vengo de paz. De la actitud sumisa ú hostil de los cordobeses dependerá la mía. No quiero abusar del triunfo, ni trato de ahondar divisiones, sino de borrarlas. Nadie será por mí vejado ni oprimido, mas es forzoso que mis tropas sean bien recibidas, sin que aviesas demostraciones vengan de nuevo á enconar los ánimos.

— Yo te respondo de que no habrá á tu entrada ni el más leve desórden. Todos hacen justicia á tu valor y á tu moderacion despues de la victoria. Y muchos que creen que Hixem fué envenenado por Mahomed, piensan que su derrota fué justo castigo del cielo. Ademas, la poblacion está ya hastiada de sangre y fatigada de luchas estériles. Llegas á tiempo y bajo buenos auspicios. Abandónate sin temor á tus instintos generosos; sé justo y reparador; las bendiciones del cielo caerán sobre tu cabeza.

— ¿Y qué puedo hacer?

— Nadie se halló jamas en situacion igual á la tuya, y bien puedes llamarte protegido de Dios. Tú puedes salvar el califato de su ruina y restaurar en el trono la justicia y la legitimidad.

— No te comprendo.

— No me comprendes, porque ignoras un secreto que te importa saber y te voy á revelar. Hixem II no ha muerto. Yo lo salvé de los criminales intentos de Mohamed. Su enfermedad, su fallecimiento, su entierro, no fueron más que una farsa infernal y una odiosa superchería.

— Tú sueñas... ¿Y el cadáver, que vi con mis propios ojos?

Wadha le contó en breves palabras lo que habia acontecido.

— ¿Será verdad lo que me cuentas?

— Alah me niegue el Paraíso si digo mentira. Sí, vive Hixem, y si tú, que venciste la usurpacion, volvieses el trono á su legítimo dueño, la historia te llamaria

El Justo. Cerrando la puerta á bastardas ambiciones, afirmarias la páz, y por tu prudencia y tu valor tal vez renacerian el sosiego y la prosperidad.

Suleiman, que, aunque rudo, era magnánimo y generoso, se sintió perplejo un instante y como persuadido por las razones de Wadha; pero la imágen de Sélima apareció entónces en su mente, y comprendió que de nuevo la perderia con el restablecimiento de Hixem. En realidad no era la ambicion del trono lo que agitaba su pecho; mas por un capricho de la suerte era forzoso que lo ocupase para ser dueño de la que amaba. Esa consideracion lo decidió al fin, y contestó al esclavo de esta suerte:

— Wadha, no sé qué me causa más admiracion, si la malicia de Mohamed ó tu firme y acendrada lealtad. Participo de tus sentimientos y me holgara de cumplir tus deseos, pero que no te ciegue el corazon: no es el momento de entregarnos á manos tan débiles. Antes que todo es pacificar el Imperio, apoderarnos, vivo ó muerto, de Mohamed y reducir á la obediencia á los wálies rebeldes. Si las circunstancias nos favorecen, á su tiempo y sazón restauraremos en el trono al hijo de Alhaken. Entre tanto, que nadie sepa que alienta aún, ni que hemos tenido esta conversacion.

Wadha tornó á Córdoba, y al siguiente dia Suleiman entró en ella tambien con sus tropas, que, á ejemplo de lo acontecido á Mohamed, lo proclamaron Califa.

No bien tomó posesion del régio alcázar y recibió el homenaje que, con más ó ménos espontaneidad, le presentaron los magistrados de la ciudad y las altas corpora-

ciones civiles y religiosas, se envolvió en un haik, y saliendo á la calle, sin ser visto, por una puerta excusada, se dirigió al modesto albergue donde Sélima, bajo los negros paños que llevaba por la falsa muerte de Hixem, escondía su profundo dolor por la muy triste y verdadera de su dulce é inolvidable Aléxis.

— Sélima, le dijo el nuevo Emir, al pedirte por esposa, dándote pruebas de lo tenaz é invencible de mi pasión, me ofreciste ser mia si arrojaba del solio al cruel usurpador. Cumplido está tu deseo. Alah quiso darme la victoria, y con ella, sin ambicionarlo yo, el centro de los califas, que rindo á tus piés.

— Tuya soy, Suleiman; pero ántes de que me llames esposa es mi deber revelarte un arcano que acaso ignoras. Hixem vive aún.

— Lo sé. Mas ¿qué importa? Si saliese de su reclusión, ¿con qué derecho te reclamaria? Nosotros hallamos vacante su trono y disuelto su harem. ¿No creen todos en su muerte? ¿Qué motivos ostensibles tenemos nosotros para no participar del comun error? Además, ¿qué eras tú en el palacio de Hixem? Un adorno más en sus juegos, una flor entre mil, cuyo perdido aroma se llevaban los céfiros. Yo te elevo á la jerarquía de esposa y me ligo á tí con sagrados lazos, que él en su apatía é indiferencia no se cuidó jamas de formar.

Sélima, llena de gratitud, le alargó la mano, que él llevó á sus labios, y que no soltó de las suyas ántes de ponerle en un dedo una preciosa sortija con un encendido rubí, en prenda esponsalicia.

Al día siguiente se verificó la boda, exenta de pompa

y público aparato, como convenia á las especiales circunstancias en que se hallaba la novia.

Si Suleiman hubiese podido leer en el pecho de su amada, el más cruel desencanto helára su corazon y hubiera huido de ella con horrible amargura. Sélima no buscaba la dicha de esposa; otro pensamiento la dominaba; aquella union era sólo un sacrificio que se imponia, con el único objeto de vengar la muerte de su adorado Aléxis. No es decir que no estuviese reconocida al bizarro caudillo que tanto amor le mostraba y á tan arduas empresas se habia por ella arriesgado; pero en realidad más se curaba de mantener vivo en su alma, como votiva luz de un sagrario, el dulce recuerdo de su bien perdido, que de los obsequios del rendido esposo y de su ventura presente. ¡Ah! no es dudoso que de haber podido elegir entre el pobre declamador griego y el victorioso adalid africano, no hubiera vacilado un momento en irse con el primero, como Angélica con el gentil pastorcillo Medoro, causando la desesperacion y locura de Orlando. Y es que ni la grandeza, ni el oro, ni el prestigio del valór ó de la virtud, ni humano poder alguno, logran atajar el corazon en su caprichoso vuelo, y que el ciego amor todo lo desdeña y todo lo arrolla para llegar al objeto deseado.

Por fortuna de Suleiman, lo que su esposa amaba era simplemente un recuerdo, una sombra, acaso un sér misterioso y etéreo, sólo perceptible á sus ojos, y en quien su alma enamorada podia complacerse sin suscitar la fiebre de los celos en el apasionado Emir.

Desde que la mísera Justina vió convertido su hogar en huméantes escombros, puede asegurarse que no habia tenido domicilio fijo. Wadha, compadecido de aquella infeliz, y pensando siempre que su testimonio podria serle útil en algun caso, le procuró otro albergue; pero ella á lo mejor desaparecia y pasaba noches enteras errando como un fantasma entre las abandonadas ruinas de su antigua mansion. Otras veces se la veia recorrer con tétrico afan las calles de la capital, como álguien que busca desatentado, y no encuentra, algo muy precioso que ha perdido. No haciendo, por otra parte, daño á nadie, y considerada generalmente como una víctima de la rapacidad y barbarie de los odiados berberíes, todos en Córdoba la compadecian; y muchos vecinos, sobre todo desde que le daban con ménos frecuencia los accesos de epiléptica risa, la llamaban á sus puertas y le ofrecian de buen grado socorros de toda especie. Ella no hablaba, ó á lo más proferia algunos monosílabos; pero con vaga sonrisa de amarga dulzura y una lágrima en los hundidos ojos, agradecia las muestras de compasion que se le prodigaban.

Sélima tambien la socorria con vivo interes, informándose á menudo de su estado y necesidades; y prevaleándose del gran ascendiente que ejercia sobre Suleiman, le habló un dia en favor de la desgraciada, contándole la verdadera causa de su locura y cómo en el incendio de Medina Zahra habia perdido hogar y hacienda. A pesar de su natural rudeza, era Suleiman generoso y compasivo, y la palabra «reparacion» salió espontáneamente de sus labios, dando á Sélima carta blanca para

que ella mitigase tan acerbo infortunio como le dictára su corazon.

No deseaba Sélima otra cosa, y sabedora de que, perteneciente al patrimonio imperial, habia en las afueras de Córdoba una alegre casita deshabitada y de análogas condiciones á la que Justina habia perdido, resolvió dársela por los dias de su vida.

Hallábase el pequeño edificio situado á cierta distancia de la Rusafa, y no léjos de la Torre de la Cautiva, en paraje algo extraviado, pero sano y seguro: rodeábala un jardincito y tenía una azotea, desde la cual se dominaba parte del ameno valle del Guadalquivir.

Para completar la merced, Sélima señaló una pension á su protegida y le destinó una de sus siervas de más confianza para que la acompañara y asistiese. Ya todo acordado, quiso ella misma participar á Justina la gracia de que habia sido objeto, y mandó que la trajesen á palacio, si bien recomendando que no la entrasen por la puerta principal, ni por el gran patio, funesto teatro de su desgracia pocos meses ántes.

Leila, una de las más discretas servidoras de Sélima, fué la encargada de la comision, y no sin dificultad logró arrastrar á Justina á casa de su bienhechora.

Al fin entraron ambas en palacio, evitando la puerta principal y tomando una excusada que habia á otro lado del edificio; pero al atravesar un patio interior, en cuyo centro se levantaba un monumento de mármol entre unos sauces, como Leila notase que Justina fijaba en él la vista, — «Es, le dió sencillamente, el sarcófago donde yace olvidado el cuerpo de Hixem.»

Al oír estas palabras, Justina, con asombro de su compañera, corrió precipitada hácia el túmulo, y pos-trándose al pié, se puso á besar la piedra y á llorar y á reírse al mismo tiempo. Todos los esfuerzos, todas las reflexiones de Leila, que consideraba como verdadero rasgo de demencia la súbita explosion de dolor de aquella mujer ante el sepulcro del difunto califa, fueron inútiles para calmarla é inducirla á seguir adelante. Fija al lado del monumento, no veía más que la imágen que el mármol aquel encerraba, ni oía otra cosa que las internas voces de su desgarrado corazón.

Desesperando al fin de persuadirla, Leila la dejó allí clavada y corrió á participar á su señora lo que ocurría, manifestándole que, en su sentir, la pobre vieja estaba loca rematada. Y por cierto no fué poca su sorpresa al ver la mirada severa y de reconvenccion que su ama le lanzó oyendo tal especie, y que, invitando á Suleiman, en aquel momento con ella, á pasar á una estancia que daba al patio en que Justina sollozaba junto al mausoleo, ambos se pusieran á contemplar con sincera emocion, desde una ventana, aquel doloroso cuadro.

Sélima resolvió bajar ella misma, y acercándose á la desolada madre, así le dijo con trémula voz, en que vibraba el sentimiento: — «Yo sé cuán grande es tu desventura, y el cielo me es testigo de que nada dejaria de hacer por remediarla, si remedio hubiera. Ten resignacion. Aléxis es más feliz que nosotras y te envía cariñosos besos desde el Paraíso. En cambio, tus acerbas lágrimas caerán eternamente como gotas de fuego sobre el corazón de tu verdugo. Dios es justo y vengador. Ma-

homed ha sido arrojado del trono y empezó para él la hora de la expiacion. Yo amaba á tu Aléxis; y ya ¡ay de mí! que no me sea dado volverte la dicha que perdiste, haré lo posible por endulzar tus penas. De aquí en adelante vivirás tranquila en una casita cerca de Córdoba, que mi generoso señor te regala. Y para que tengas el triste consuelo de guardar tú misma los restos mortales de tu hijo, yo haré enterrar su cadáver en el jardin que la rodea, y pondrémos sobre tan queridos despojos una blanca losa con su nombre grabado, para que ores en ella y la adornes con coronas de cipres y vasos de flores. Yo cuidaré de que nada te falte.»

Como entre dos almas que conmueve un mismo sentimiento se establece en seguida una corriente magnética que las enlaza y hasta las confunde, Justina, que no habia prestado la menor atencion á las frias observaciones de Leila, se fué serenando y miró en silencio, pero con indefinible dulzura, á la desconocida que le hablaba de aquel modo. Era en vano que la infeliz tratase de articular palabras, y no lo intentaba; aún sin ellas, la vaga luz que animó sus ojos sombríos y la ligera contraccion de sus cárdenos labios revelaban hondo agradecimiento. Su pecho respiraba con más calma. Habia llorado sobre la tumba de su hijo, y por vez primera, desde su terrible infortunio, encontraba un corazon que respondiese al suyo, un alma piadosa, que sabiendo la causa de sus penas, demostraba comprenderlas y sentir las.

Despues de esta tierna escena, fácil le fué á Sélima

hacerla conducir á la nueva morada que le habia dispuesto.

La exhumacion del cuerpo de Aléxis y su traslacion á la casa de la infeliz madre no dejaban de ofrecer dificultades, exigiendo grandes precauciones; pues era forzoso que actos tan ocasionados quedasen sumidos en el más profundo misterio. Sélima, que estaba, sin embargo, como hechizada con el recuerdo de su malogrado amante, y que, dominada por su extraña pasion de ultratumba, parecia complacerse en vivas y dolorosas emociones, ya no se contentaba con evocar la imágen de su amor en el fondo de su alma, sino que, dominada no sé por qué fantástica obsesion, sentíase aguijada del irresistible deseo de volverla á contemplar en su forma terrenal y humana, y ver qué habia hecho de aquel rostro tan dulce y expresivo la mano implacable de la muerte.

Suleiman, que no podia, ni remotamente, imaginar la intencion verdadera que su mujer llevase, y que creia ser meramente un generoso impulso de exaltada conmiseracion lo que la movia, asintió sin reparo á su proyecto de exhumacion. Aunque tal vez lo hiciera tambien por cerciorarse con sus propios ojos de que no era, en efecto, el cadáver de Hixem II. el que bajo ese nombre yacía en el mausoleo.

Para la ejecucion de la fúnebre empresa, y á fin de que todo quedase en el más hondo arcano, se llamó á

Wadha, quien, por captarse la buena voluntad de Sélíma, de buen grado se encargó de realizarla, auxiliado de un siervo de toda la confianza de Suleiman y de dos esclavos de la suya propia. El acto deberia llevarse á cabo de noche, con el mayor sigilo. Para que los servidores de palacio nada pudiesen saber ni sospechar, con pretexto de reparos y reformas en aquella ala del edificio, anticipadamente se fueron desalojando y cerrando las habitaciones todas, cuyas puertas ó ajimeces daban al patio del túmulo, en el cual ya á nadie se permitió la entrada.

Tomadas cuantas precauciones se juzgaron necesarias, se designó al fin la noche de la exhumacion.

Nada más fantástico y conmovedor que aquella lúgubre escena. Wadha y uno de sus auxiliares, con antorchas en las manos, alumbraban el sepulcro, mientras los otros dos se ocupaban en desoldar la pesada losa que lo cubria. Entre los sauces que rodeaban al monumento, caprichosamente iluminado por la trémula llama de los hachones, se destacaba la figura imponente y severa de Suleiman, contemplando la obra, grave y silencioso. Y medio oculta detras de las ramas y envuelta en su manto, Sélíma la presenciaba tambien, toda anhelante y temblorosa.

Despues de algunos minutos de trabajo consiguióse levantar la losa, y del interior del sepulcro sacaron, no sin esfuerzo, la caja, que era de alerce, primorosamente labrada, y la colocaron en el suelo. Suleiman ordenó entónces que alzasen la tapa, y apareció á la rojiza luz de las antorchas el lívido cadáver de Aléxis disfrazado de

-califa. El alcanfor y los aromas que habian echado en el féretro mantenian el cuerpo incorrupto y en el mismo estado que habia sido expuesto al público despues de la muerte. Todos fijaron en él las miradas, llenas de curiosidad é interes. Sélima se adelantó dos pasos, tendiendo el cuello con ávida impaciencia; pero al clavar los ojos en el marchito rostro del muerto, sintió que se le turbaban los suyos, que perdía pié, y por no venir á tierra se asió apresuradamente de una rama.

Luégo que Suleiman hubo considerado el cadáver, sin decir palabra se acercó á su esposa y ambos se retiraron; mas ella le dejó ir delante, y no bien hubieron andado algunos pasos, volvió atras rápidamente, y echando en el ataúd un manojillo de flores que llevaba debajo del manto, tornó á juntarse con el Emir, disimulando su profunda emocion. El inanimado cuerpo fué despojado de las insignias imperiales y revestido de una mortaja adecuada, con lo cual cerraron el féretro, y envolviéndolo en una estera de palma lo sacaron del alcázar, y á lomo de una caballería, de antemaño preparada, lo condujeron á la mansion de Justina, en cuyo jardin fué piadosamente sepultado.

VI.

Poco duró á Suleiman el tranquilo goce de su alta investidura, ni era posible que mientras alentase su competidor tuviera momento de reposo, ni afirmase la planta sobre el trono. Se aproximaba ya, pero no habia sonado todavía, la hora decisiva del predominio africano. El elemento árabe no se daba por vencido, y, no obstante Gebal Quintos, se erguia de nuevo y otra vez levantaba audaz y arrogante la cabeza. Mohamed, sostenido por diversos walíes de las provincias del sur y de la España oriental, allegaba refuerzos, reorganizaba su hueste y se aparejaba sin descanso á vengar su derrota. Suleiman le habia, por otra parte, enseñado el modo seguro de vencer, y aprovechando el ejemplo, solicitó el auxilio de los poderosos Condes de Barcelona y Urgel, como el caudillo de los berberíes con tanto éxito lo habia anteriormente solicitado del Conde de Castilla. Ni se descuidó tampoco en esta ocasion, atravesándose en las negociaciones de su rival y entablándolas por su lado con aquellos príncipes, que estuvieron á punto de romper sus tratos con Mohamed; pero éste les ofreció mayores ventajas, con lo cual se decidieron por él, acudiendo desde

las montañas de Alfranc á sostener su causa con nueve mil almogávares, á cuya cabeza venian, ademas de los Condes, los santos prelados de Barcino, de Vich y de Gerona, á quienes, por lo visto, el báculo del pastor no les incomodaba para manejar la espada del guerrero. Curiosa época aquélla, en que los príncipes cristianos, á manera de vulgares *condottieri*, no hallaban reparo en vender su sangre á los caudillos musulmanes, y en que mitras y turbantes se veian revueltos en el mismo campo, peleando por la misma causa con igual denuedo.

Mohamed no se habia equivocado en el provecho que le reportaria la pujanza de sus auxiliares.

La batalla se empeñó encarnizada y sangrienta en Acbatalbacar, á pocas millas de Córdoba. Nubes de polvo y de flechas oscurecian el sol; una y otra vez cargó como el huracan la caballeria africana, y otras tantas se estrelló en el muro de hierro de las picas almogávares. La sangre generosa de ismaelitas y cristianos corrió mezclada y á torrentes. Allí perecieron, víctimas de su extraño celo, los augustos prelados; allí cayeron para no levantarse jamas los más ilustres y valerosos musulimes, y con ellos la flor de la nobleza catalana. El mismo Conde de Urgel, mortalmente herido, espiró en el teatro de la lucha. Pero ¿qué importa? El triunfo estaba conseguido. La caballería africana habia sido completamente deshecha, y Suleiman, con las reliquias de su destrozada hueste, corria fugitivo por valles y montes, con ánimo de ganar el Estrecho de Gebel-Tarik y recobrar en África de su terrible descalabro. El desastre de Quintos estaba vengado, pero la causa del califato andaluz

estaba herida de muerte; que no habia ya poder humano capaz de borrar los ódios y divisiones que engendraban el espíritu de caudillaje, la pugna de clases y el antagonismo de razas.

Mohamed entró de nuevo triunfante en Córdoba. El pueblo lo recibió indiferente y silencioso. Es verdad que no habia familia que, en uno ú otro bando, no hubiese perdido alguno de sus miembros, y que para los buenos musulimes era grave pecado la alianza de Mohamed con los cristianos, á los cuales, mucho más que al propio valer y esfuerzo, debia la victoria y el trono. Sea de ello lo que quiera, por segunda vez se veia encumbrado á la suprema jerarquía, que es lo que le importaba.

Tomadas algunas disposiciones de orden interior y reorganizados sus escuadrones, salió con ellos de la capital, dirigiéndose apresuradamente hacia Algeciras, cerca de cuyo punto acampaba Suleiman, concertando pactos y alianzas con los emires africanos y reforzando sus mermadas tropas.

Apénas lo avistó Mohamed, impaciente por atacarlo y destruirlo, y confiando demasiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, sin dar á su gente el preciso descanso despues de tan precipitada marcha, se arrojó con su hueste sobre los contrarios, que, frescos, apercebidos, y, ademas, en buenas posiciones, no sólo resistieron el choque, sino que cerraron denodadamente contra los enemigos, causándoles bastantes bajas y obligándoles á emprender la retirada, aunque sin perseguirlos, por no apartarse de su base de operaciones.

Expedicion tan poco lucida y afortunada no aumentó

ciertamente el prestigio de Mohamed con los cordobeses, y el desabrimiento de éstos creció de punto al ver pasearse por la ciudad, como señores, á los fieros catalanes, y las humildes deferencias de que eran objeto por parte del Emir.

La escasez y encarecimiento de los víveres, natural consecuencia de las guerras intestinas que habian desolado los campos, y de la aglomeracion de tropas en la capital, avivaron el público descontento; y notándose síntomas de agitacion entre los esclavos y suscitándose constantes quejas contra los extranjeros auxiliares, cuyos altivos jefes parecian, á su vez, muy irritados con las amenazas é improperios que en papeles anónimos se les dirigian, Mohamed, con harto sentimiento suyo, tuvo que despedir á los rudos almogávares, no sin colmarlos de presentes, sospechando, acaso, que ántes de mucho se veria obligado á llamarlos de nuevo.

Los hijos de Alfranc ya no estaban en Córdoba, pero otros huéspedes peores, el hambre, la miseria y la enfermedad, tomaron carta de naturaleza en la metrópoli andaluza.

Ya no llegaban los sacos de candeal que, en mejores dias, eran estrechas á contener las vastas alhóndigas; ni venian á los mataderos las manadas de rollizas vacas y de lúcios chotos que en otro tiempo las abastecian; ni ménos se veian en los mercados las frescas legumbres y deliciosas frutas de los huertos circunvecinos. La guerra habia devastado las más fecundas comarcas del Guadal-



Biblioteca Monumental de la Academia y Generalife

quivir; cuadrillas de malhechores infestaban los caminos, siendo terror de marchantes y trajineros, y todo contribuía á encarecer más y más el precio de las vituallas. Pero, si no llegaban los abundosos bástimentos de otras veces á la populosa ciudad, en cambio se le entraban por las puertas nubes de harapientos mendigos, que iban de casa en casa implorando la caridad con lamentoso clamoreo, cuando no asaltaban las tahonas ó invadían en confuso tropel las lonjas y bazares. Día y noche recorrían la población patrullas de kaschefs para evitar conflictos. Entre tanto Suleiman allegaba nuevos parciales y rehacía su hueste, y mientras se aparejaba á un golpe decisivo, mantenía en perpétua alarma el imperio con sus algaradas y correrías.

En vano Mohamed, que sentía hundirse el trono bajo sus plantas, impetró el apoyo de los walis de Mérida y Zaragoza y de los alcaides de las plazas fronterizas; unos y otros se excusaban con especiosas disculpas; que ya ninguno abrigaba otra idea que apropiarse algun despojo del califato en inminente ruina.

A las calamidades de la guerra y del hambre vino á juntarse, como de ordinario acontece, una epidemia que diezmaba particularmente á los ancianos y á los niños, dando pábulo al siniestro rumor de que estaban envenenadas las fuentes públicas. Las familias acomodadas huían de la ciudad, y de las mismas tropas, hasta entonces leales, muchos desertaban para ir á incorporarse á las bandas de Suleiman. En tan críticas circunstancias nadie sabía qué partido tomar. En balde se consultaba al cuerpo de los imanes, á los jefes de la milicia, á los

notables de la ciudad, y todo eran idas y venidas y estériles deliberaciones: el mal parecía no tener remedio, cuando el astuto Wadha, por medio de un golpe de audacia, intentó hallarlo, y salida á tan apurada y angustiosa situación,



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII.

Era llegada la época del Ramadan, y además, el solemne día en que se celebraba el santo y glorioso aniversario de la fuga del Profeta á Medina.

«¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta!», gritaba el muezin desde el alminar con incesantes voces, convocando á los fieles á la insigne aljama.

En la metrópoli andaluza, como en todos los pueblos en que imperaba el Coran, era considerado aquel día como el más augusto y venerable de todo el año, y celebrado con igual entusiasmo y piadoso fervor en todas las mezquitas de Oriente y Occidente.

Al influjo de los grandes recuerdos que aquella fecha sublime despertaba en el alma de todo buen musulman, las fieras pasiones parecían calmarse, extinguirse los odios, borrar-se las rencillas y divisiones.

Era como una tregua en las enconadas luchas de los opuestos bandos, un día de penitencia y abnegacion, en que perdian su avasallador influjo todos los incentivos terrenos. Dijérase que el fiel ismaelita, fortificado por la divina gracia, lograba en aquella ocasion, siquiera fue-

se pasajeramente, romper los lazos con que Iblis, al-Dounia, al-Nefs y al-Hewa (1), los cuatro enemigos tentadores del alma, lo tienen estrechamente aprisionado.

Ese día la vida es sinceramente considerada como un tránsito doloroso, el mundo como una triste posada en que hacemos noche, sin hallar descanso; y son desdeñadas las riquezas y menospreciados los esplendores humanos, como polvo deleznable ó vana humareda que deshace el soplo de la muerte. Ese día el musulman no vive más que para las maceraciones del ayuno y de la vigilia, las puras expansiones de la caridad, los íntimos arrobos de la plegaria.

Fuera de la famosa Kaabah de la Meca, no habia templo alguno en que se venerase el Coran, que superase en hermosura, grandiosidad y magnificencia á la prodigiosa mezquita, gloria de los Omeyas cordobeses. Otros años, por la misma época, millares de peregrinos de todas las provincias del imperio, y aún de los confines de la Siria y de la Persia, atraidos por su renombre, ó en cumplimiento de algun voto, acudian á visitar la excelsa Al-kobbat (2), como entónces la apellidaban, por la gallarda cúpula que se elevaba en los aires, teniendo por remate y corona una granada de oro. Pero las calamidades que desde algun tiempo llovian sobre

(1) Iblis, el diablo; al-Dounia, el mundo; al-Nefs, la codicia; al-Hewa, el amor.

(2) Cúpula. — Hoy no existe. Sin duda desaparecería en las obras y trasformaciones que en diversos tiempos se llevaron á cabo en la mezquita.

el califato, y muy particularmente los disturbios y luchas intestinas, habian ido retrayendo á los devotos de tierras lejanas de venir en peregrinacion al majestuoso santuario, donde Alah se complacia en derramar sus dones y beneficios.

Sin embargo, á pesar de lo revuelto de los tiempos, y de los azares y peligros á que el viajero se exponia, no dejaba de verse entre la fervorosa multitud que se apiñaba en el suntuoso templo, polvorosos y macilentos romeros cubiertos del irham (1), que de los otros fieles los distinguia.

Mezclados al pueblo entremos ya en el augusto recinto, grandioso teatro de una de las más extrañas é importantes escenas del drama que vamos narrando.

No obstante su amplitud y extension, las treinta y ocho naves que van de ocaso á oriente, en la vasta mezquita, son estrechas á contener la muchedumbre inmensa que en actitud devota y recogida acude á prosternarse ante el Mirhab (Sancta-Sanctorum) y á escuchar de boca de los imanes la divina palabra.

Tupidas cortinas de seda cubren los ajimeces y claraboyas, y quedarán los ámbitos en negra oscuridad á no inundarlos con sus resplandores las cuatro mil lámparas de plata que ardan suspensas de la rica y olorosa techumbre. De trecho en trecho, y simétricamente colocados entre las esbeltas columnas de vistosos jaspes, calados pebeteros de elegante forma dejaban escapar azu-

(1) Capa de peregrino.

lados vapores, que saturaban la atmósfera de fragantes aromas.

Los fieles que no logran penetrar en el interior de la mezquita llenan á su vez el anchuroso patio de los Naranjos, donde están las fuentes de las abluciones, y allí se postran ante las puertas del santuario, abiertas de par en par; y aun la vasta plaza de la Mosallah (1), á que da la fachada principal del templo, se cubre tambien de apiñado gentío.

Pero volvamos al sagrado recinto, donde se acerca el momento en que la inspirada palabra del Katib caiga como benéfica lluvia sobre las almas de los creyentes. Segun la ley y la costumbre, los hombres casados ó viudos ocupan los primeros puestos, de hinojos ó sentados en ruedos de palma; detras de ellos, los sôlteros y más jóvenes, de pié, por falta de espacio para arrodillarse; y á ambos lados, separadas por una verja de apiñados arabescos, y enteramente cubiertas con sus mantos, las matronas y las vírgenes. En la nave central, dentro del espacio cobijado por el gran cimborio, elévase la *mak-sourâ*, tribuna donde el califa, acompañado de sus más altos dignatarios, suele asistir á las religiosas solemnidades. El rico almohadon de terciopelo y oro, que sólo tiene derecho á ocupar el que es á la vez rey y pontífice; está desierto aquel dia. Mohamed, impotente para remediar las calamidades públicas, suspicaz, cauteloso, y

(1) Plaza en que el pueblo se reunia á orar en ciertas épocas del año, y en que se verificaba la *Fiesta de los sacrificios*, una de las cuatro pascuas en uso entre los musulmanes.

no osando afrontar las miradas del pueblo, habia pretextado una indisposicion para no presentarse en la aljama. A falta del califa veíase á Wadhà en la tribuna régia, y á otros personajes de valía, algunos enteramente envueltos en sus haiks, calada la capucha y prosternados con gran recogimiento. Enfrente se levantaba el púlpito ó mimbar, á cuyo pié se extendia, en un espacio reservado, el Sacro Colegio de los imanes, ó sea de los ministros encargados de la enseñanza religiosa, de interpretar y explicar la divina leyenda, sentados en cojines de seda sobre alcatifas de Esmirna, con las piernas cruzadas al modo oriental, la cabeza inclinada sobre el pecho, en completa inmovilidad, como una hilera de estatuas de mármol blanco.

En medio de profundo silencio el venerable Katib subió al mimbar, y cruzando los brazos y haciendo una profunda genuflexion, con voz solemne pronunció la sagrada fórmula, señal y comienzo de la azahala: — « En nombre de Alah clemente y misericordioso. » Á estas palabras, con que el ángel Gabriel abrió su revelacion al Profeta, y cuyo poder es tan grande, que la primera vez que resonaron conmovióse el cielo, retendió la tierra y los ángeles malos cayeron precipitados al abismo; á esas palabras todos se postraron hasta tocar el suelo con el rostro. El Katib siguió recitando el Kotbah, ó sean las diversas oraciones del oficio del dia, y que debian terminar con la que se aplicaba en pro del soberano imperante. Al llegar, sin embargo, á esta parte de la liturgia, con no poca extrañeza de los doctores de la ley, el ministro alteró los términos rituales, rogando á

Dios por el califa *legítimo*, y sin nombrar el que ocupaba el solio.

Acabado el oficio, bajó el katib del púlpito, que debía en seguida ocupar el Daï de los daïs (jefe de los misioneros), á cuyo raro saber é inspirada elocuencia estaba encomendado el sermón que debía pronunciarse en aquella solemne festividad.

El Daï de los daïs, ántes de subir á la cátedra de la sabiduría, con austera expresion y graves pasos se dirigió al Mirbah, y sustrayéndose un momento á las miradas de los fieles, entró en el misterioso y sagrado recinto, donde despues de orar breve espacio, volvió á presentarse ante el pueblo, que impaciente lo aguardaba, y con los ojos bajos, pálido el rostro, la frente meditabunda y los brazos en cruz sobre el pecho, ascendió lentamente al mimbar, adonde en un momento se fijaron todas las miradas. Luégo que se inclinó con profunda humildad hácia el Oriente, en medio de la atencion y silencio general, habló en estos términos, con noble actitud, voz vibrante y palabra de fuego:

«En nombre de Alah, clemente y misericordioso. ¡Oh fieles! grande, glorioso dia el que hoy conmemoramos; sublime aniversario, que, miétras el sol alumbre, y crezca y mengüe la luna, celebrarán los humanos en la tierra y eternamente los ángeles en el cielo. No hay más Dios que Dios, único y verdadero. El universo es obra de sus manos, y el sol y las estrellas pálidos reflejos de su grandeza. En el hondo arcano de sus inescrutables designios creó al hombre; y si llevado de su ineludible justicia, al ver que prevaricaba, castigó in-

dignado su funesta culpa, quiso al mismo tiempo, como padre amoroso, levantarlo de su postracion, y guiarlo y dirigirlo en el áspero camino de la vida, para que, triunfando de la muerte, pudiese alcanzar el Paraíso. Llevado de su bondad infinita, Él se dignó hablar á nuestro padre Ibrahim desde la zarza ardiente, y á Mouza desde la tormentosa cumbre del Sinaï, abrasada en fulgurosa lumbre. Él animó con su propio espíritu á Issa, el hijo de María, y por último, á fin de que no cupiese duda ni error en la conducta de los humanos, y viesen claro y distinto el derrotero que debian seguir para salvarse, por un acto sublime de su inefable amor, envió al arcángel Gabriel para que dictase á su elegido, nuestro santo Profeta, el maravilloso libro de la ley, única expresion de la verdad divina, inextinguible faro, á cuyos vívidos resplandores se renovó la tierra. — Los pueblos acudieron en tropel á la voz de Mahoma. Los que cerrando los ojos á la luz se obstinaron en vivir en las tinieblas, fueron al punto reducidos á oprobiosa servidumbre. Alah lo habia escrito con letras de fuego en las tablas del destino: no habia más que dos caminos que seguir, ó musulman ó esclavo. — La buena nueva se extendió con la rapidez del rayo por todos los ámbitos del mundo. Las más heroicas expediciones de los antiguos guerreros; las gigantes empresas de asirios, babilonios ó persas; todas las conquistas de Grecia, de Roma y de Cartago, ni compararse pueden á las llevadas á cabo por el glorioso Profeta y por sus ilustres compañeros y sucesores, en quienes el escogido de Alah parecia infundir su propio aliento. Pero ¿qué digo? La obra que se

cumplía era más divina que humana; arcángeles invisibles combatían; sin duda, á la cabeza de los fieles con espadas fulmíneas. ¿Cómo explicar, si no, que en tan breve espacio realizasen tan grandes hechos, y que los mismos compañeros de Mahoma alcanzasen á ver convertidas ó subyugadas las más poderosas naciones? Eran apenas trascurridos cincuenta años de doce lunas desde la santa egira, y la Caldea, la Persia, el Egipto, la Cirenaica, de grado ó por fuerza, habian abrazado la fe del Islam; y hasta los ásperos hijos del Mogreb, bajando la dura cerviz ante el sagrado libro, corrían con fervida exaltación á engrosar las haces musulmanas, ansiosos de inmolar sus vidas en defensa y propagación de la buena nueva. Africa y Asia fueron estrechas á la fuerza expansiva del Coran, y en una sola jornada, que tornó en mar de sangre al raudo Guadalete, Taric, Dios le haya premiado su hazaña, aseguró al islamismo la fértil y opulenta Hesperia. Tan rápida é increíble conquista del pueblo que se vanagloriaba de Sagunto y Numancia, y en cuyas montañas tantas veces se estrellaron las águilas de Roma, era clara señal de los altos destinos á que el Omnipotente lo reservaba. Y, en efecto, como si fuesen poco para gobernar tan privilegiada tierra los renombrados walies que en ellos se ilustraron, por imprevistos sucesos y misteriosas vías les deparó el Señor el excelso linaje de los Omeyas para que fundase el magnífico imperio andaluz, levantase esta aljama portentosa, é hiciese de Córdoba el emporio de la riqueza, la cuna de los héroes, el centro de la religion y de la ciencia. ¿Qué nacion aventajó en esplendor al

califato cordobés bajo el imperio justo y paternal de tan preclara dinastía? ¿Cómo no recordar á sus legítimos representantes, al comparar los quebrantos y miserias de hoy con las dichas y bienandanzas de ayer? ¿Cómo no llorar el haberlos perdido, cuando, al desaparecer del trono, desapareció con ellos nuestra ventura? ¿Cómo no volver los ojos, en nuestra angustia y tristeza, á los egregios príncipes en cuyas manos era el cetro como vara prodigiosa de un mago, á cuyo poder se disipaban todos los males é infortunios? ¡Tiempos felices, en que la gloria y la fortuna acompañaban doquier nuestras armas, y por todas partes reinaban la paz y la salud, la abundancia y la vida! ¿Cómo olvidar á nuestro amado Califa, el benigno Hixem II, en cuyo próspero reinado el mismo Alah parecía complacerse? Niño era aún, cuando sucedió al sabio y generoso Alahken, autor de sus días; pero la prudencia encarnada en su madre, la sultana Sobeya, de grata memoria, lo acompañaba en el trono, y el insigne Almanzor llevaba en su nombre á las montañas de Algufía el terror de nuestras banderas. ¿Quién nos dijese, cuando vimos con asombro esas groseras campanas—que como bárbaro trofeo cuelgan á nuestros ojos de esas elevadas cimbras—llegar de Compostela en hombros de infieles, que algunos años después habíamos de presenciar á los ímpios y agrestes soldados de Alfranc, pasearse por nuestra ciudad como auxiliares, más bien como señores, ¡oh baldon! con la insolencia en los ojos y el desprecio en los labios? ¿Quién nos dijera que á la paz y fraternidad entre musulmanes, hubiesen de suceder la discordia y el encono;

que habíamos de ver convertidos en humeantes escombros los espléndidos palacios de Zahra; desiertos y cerrados aquellos piadosos asilos, fundacion de los Abde-rahman y de los Alahken, donde el ángel de la caridad cobijaba con sus benéficas alas á los pobres, á los enfermos y á los desvalidos? Memorad cuando aquí venian á visitar esta santa morada millares de peregrinos de los más remotos climas; cuando los sabios más insignes del orbe acudian á ilustrarse á nuestras academias; los embajadores de los más poderosos reyes á rendir homenaje á nuestros califas; cuando el sol de la fortuna, fijo en nuestro horizonte, derramaba su pródiga luz en todo el imperio. ¿Qué nos queda ¡ay! de tantos esplendores? Ruina y desolacion por todas partes. El hambre sustituyó á la abundancia, la enfermedad á la salud, el afan y tristeza á la paz y la alegría.—No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta. Hijos del Islam, macedrad y affigid vuestras carnes, humillad la frente en el polvo, implorad misericordia del que todo lo puede, en la compuncion y sinceridad de vuestros corazones. Él salvó á Noah de las aguas del diluvio, á Muza de las ondas del Nilo, á Jonas del vientre de la ballena, y sacó á Yuzef del fondo de un pozo para exaltar su mansedumbre y colmarle de riquezas y honores. Él guarda y protege al inocente; perdona al arrepentido; acorre al desgraciado que invoca su santo nombre. Él es dulce, paciente, misericordioso; pero justo, vengador y terrible con la iniquidad y la falsía.—No lo dudeis, ¡oh creyentes! si con tanto rigor su mano justiciera pesa sobre nosotros y así nos abrumba y nos quebranta como

vaso de arcilla contra dura roca, es que algun crimen odioso ha atraído el rayo de su cólera sobre nuestra frente. ¿Qué importa que llorosos y contritos imploramos su clemencia, si pudiendo reparar el mal no lo reparamos? — Guardan los venerandos archivos de esta gloriosa mezquita la inspirada profecía de un piadoso fakir, que, iluminado de celeste luz, anunció la ruina del califato el día que el cetro saliese de la sucesión directa. La profecía, bien lo véis, por nuestra desgracia, acaso también por nuestra culpa, ya se está cumpliendo. — Os hablo en nombre de Dios, y os debo palabras de verdad, aunque abrasen mis labios. — Fieles, escuchad atentos. La usurpación y el fraude se sientan hoy en el trono de nuestros reyes.»

Un sordo rumor y vago estremecimiento del inmenso concurso siguieron a estas palabras.

El Daï de los daïs impuso silencio con el gesto y el ademán, y continuó:

«La muerte de Hixem II fué sólo una indigna superchería para burlar nuestros sentimientos y apoderarse á mansalva del solio. Gracias á la lealtad de Wadhá, Hixem fué salvado de la boca del león y de las uñas del tigre. El cadáver expuesto con tantos honores fué el de un pobre juglar, muy semejante en rostro al Califa, ahogado bárbaramente para llevar á cabo tan inicua y abominable farsa.»

Una convulsa, descompuesta carcajada, resonó de repente en el templo. La muchedumbre, que parecia como fulminada con las extrañas revelaciones del vehemente predicador, volvió la cabeza hácia el sitio de donde par-

tia el estrépito, produciéndose un momento de confusión; pronto restablecido el silencio con la salida de la que lo turbaba:

« Ahí la teneis, exclamó el Daï, señalando con énfasis el lugar ocupado por las mujeres: esa desventurada, que vosotros llamais *la loca de la risa*, sin comprenderla, es la madre de la víctima. Al ir á ver al Califa de cuerpo presente, bajo las vestiduras imperiales reconoció el cadáver de su hijo. Tan horrible sorpresa la dejó trastornada y sin habla, y desde entónces exhala su dolor en lúgubres carcajadas.»

« ¡ Muera, muera el tirano! », prorumpió indignada la muchedumbre, sin que bastase á contenerla la augusta majestad del santuario.

« ¡ Silencio! gritó el Daï, y oidme hasta el fin. Va en ello vuestra salud en este mundo y en el otro. Hixem II alienta aún, por dicha nuestra. Alienta, sí, y está entre nosotros, escuchando mis palabras: ¿ Lo dudais? Volved los ojos á esa tribuna, y saludad gozosos al excelso hijo de Alahken y de Sobeya.»

Wadha en aquel punto, quitándole el albornoz que lo cubria, presentó á Hixem al pueblo, que, electrizado de júbilo al reconocerlo, rompió en aclamaciones y vivas.

De la mezquita la nueva corrió y extendióse por toda la ciudad; y el pueblo, olvidado ya del escaso valer del mísero Príncipe, y viendo sólo en él un cambio favorable á sus apremiantes desventuras, lo llevó en triunfo al alcázar, de donde meses ántes habia tenido que huir, como azorado criminal, para poner en salvo su vida.

VIII.

Al salir la gente del templo, en la tumultuaria confusión que habia naturalmente producido el acontecimiento que acabamos de relatar, dos mujeres, cubiertas con negros mantos de la cabeza á los piés, alejándose de la multitud, tomaron por las calles más solitarias. Eran aquellas dos tapadas, Justina y Sélima. Esta, que desde la rota de Suleiman vivia en oscuro y apartado retiro, entregada siempre á su amoroso desvarío, y más preocupada con la idea de vengar al difunto amante que con la suerte que pudiese caber á su turbulento esposo, habia mantenido constantemente buenas relaciones con Wadha, que desde el principio logró persuadirla de que ninguna participacion habia tenido en la muerte de Aléxis, y el astuto eslavo, aprovechándose de las pasiones y sentimientos que la agitaban, fácilmente la ganó á sus planes, logrando que el dia aniversario de la egira llevase á Justina á la aljama, donde su presencia podia serle, como lo fué en efecto, de inestimable valor en el imprevisto lance que maquinaba.

Realizado el intento que Wadha se propusiera, la vengativa Sélima, contenta, si no aplacada aún, con la

caída del odioso asesino de Aléxis, empezó á pensar en sí propia, comprendiendo lo difícil de su posición y los riesgos á que su casamiento con Suleiman la exponía, vuelto Hixem al trono. Así que, como mejor partido, resolvió ocultarse, una vez que dejara en su hogar á Justina, y salir lo más pronto posible de Córdoba, aunque no antes de ver el fin del drama, en que tan vivo y apasionado interés ponía.

Tomando, según arriba dijimos, diferente rumbo que la multitud, sin importarle rodeos por evitarla, llegaron á un puente, que atravesaron, y engolfándose luego en un arrabal extenso, si humilde y de estrechas y torcidas calles, en que dominaba la población mozárabe, alcanzaron pronto una de las puertas de la ciudad, por la cual salieron al campo.

Era por allí el terreno sinuoso y pintoresco, y lo cruzaban en distintas direcciones varias sendas y caminos, viéndose, á largos trechos, diversos edificios de destino agrícola ó fabril, alternando con casas de recreo de más ó ménos importancia, desiertas ó abandonadas la mayor parte. Nuestras tapadas echaron por un sendero que serpenteaba cerca de un bosquecillo de palmas, y luego seguía por un terreno inculto, en el que se divisaban á lo lejos, entre matas silvestres, los derruidos muros de la «Torre de la Cautiva», ya enteramente abandonada. Sélima, cuando estuvo á la vista de aquellas ruinas, se paró á contemplarlas con vaga tristeza, y continuando luego adelante con su compañera, poco después llegaron á un recuesto, en cuya falda, á la vera de un manso arroyo, se elevaba la casita de Justina.

En el camino guardaron ambas profundo silencio, pues si bien Justina habia recobrado en parte sus facultades, y podia hablar, — á ménos que algun suceso imprevisto no la impresionase fuertementé, — habíanle quedado cierta opacidad intelectual y embarazosa lentitud, como triste consecuencia de su doloroso desconcierto, y era asaz penoso conversar con una persona que tenia que hacer grande esfuerzo para coordinar sus ideas, y mayor aún para expresarlas, siquiera fuese imperfectamente. Así, aunque juntas y en amor y compañía, cada cual iba entregada á sus propios pensamientos.

Sélina resolvió quedarse en casa de Justina hasta el siguiente dia, tanto por hallarse muy cansada, como por el recelo y temor que el residir en Córdoba empezaba á infundirla. Además, en aquel asilo campestre yacian los restos queridos del que, áun despues de muerto, llenaba toda su alma, y ningun lugar más propicio para la evocacion de sus recuerdos y para soñar con la dulce imágen del perdido amante. Tal vez *perdido* no sea el adjetivo adecuado; pues ella, en la exaltacion de su apasionada fantasía, cuando á la caída de la tarde se paseaba sola por su jardin, á cada paso encontraba entre los árboles la sombra de Aléxis; muchas veces, hallándose descuidada, oia su voz, que la llamaba por su nombre; al embargarla el sueño, sentia sus inefables caricias, y áun en ciertas ocasiones de extático enajenamiento, lo veian sus ojos como habia sido, y hasta seguia con él, al ménos ella lo pensaba, tiernísimos coloquios, y las dos almas se abrazaban en un ámplexo de indefinible ternura. Tan poéticos ensueños no se armonizaban, es

verdad, con la persona real y efectiva de su nuevo señor, cuya importuna presencia debia á menudo ahuyentarlos y desvanecerlos; pero Sélima, áun viviendo bajo el mismo techo que Suleiman, pasaba en la soledad largas horas, fuera de que podia humillarse como sierva en cuanto á la humana y deleznable arcilla, y con el espíritu y el corazón ser toda de su Aléxis. Sin duda habia en esta manera de ser cierto oscurecimiento moral; pero no olvidemos que Sélima no era cristiana, y que á la atmósfera de corrupcion en que habia vivido, juntábase ahora la extraña pasion que la avasallaba: Bien mirado, su casamiento con Suleiman fué sólo un rasgo de exaltada abnegacion, el doloroso sacrificio de su libertad para vengar la muerte de su amante.

Sea de ello lo que quiera, no habia temor de que en aquellas circunstancias la presencia del noble africano viniese á divertir sus pensamientos del vuelo en que se complacian, y ningun lugar más á propósito para que Sélima se entregase á sus remembranzas y evocaciones, que aquel sosegado retiro. Así fué que, terminada la frugal comida de Justina, compartida con ella aquel dia, Sélima pasó al jardín y tejió una corona de flores, que puso sobre la tumba de Aléxis, junto á la cual sentóse en actitud soñadora. Al verla remover los labios y notar el embeleso de sus ojos y la sonrisa de su boca, hubiérase dicho que no estaba en su razon, ó que, en efecto, su alma y la de su amante, por modo sobrenatural, se comunicaban y entendian.

Ya empezaba á declinar la tarde cuando subió á la azotea para contemplar el paisaje. Mas de pronto llamó

su atencion un piqueté de Kaschéfs, que subiendo por el camino, se dividió en pequeños grupos, tomando diferentes direcciones, lo cual le dió la idea de que tal vez el depuesto Mohamed se habria fugado, sustrayéndose á la venganza de los vencedores, y pensó que aquellos jinetes no tenian otro objeto que dar una batida en busca del fugitivo.

Cuando los caballos desaparecieron de su vista, como impulsada por cierto luminoso instinto, volvió los ojos hácia el sitio, algo lejano, en que se hallaban las ruinas de la « Torre de la Cautiva », y le pareció distinguir, no sin emocion, un árabe envuelto en su capellar, que entre las matas y derrumbadas paredes se movia. Aquella figura, indecisa por la distancia, desapareció de pronto, y al poco rato vió Sélima que por la senda que conducia á la casa subia un anciano venerable, cubierto con el irham de peregrino; mientras dos kaschefs, de cuya vista lo ocultaba un pliegue del terreno, tomaban posesion de la especie de erial en que yacian las ruinas.

Sélima se llevó la mano al pecho, que le palpitaba con violencia, sin apartar los ojos del romero que, despues de observar con aire de duda y desconfianza las casas que hallaba al paso, parándose delante de la de Justina, la contempló perplejo y vacilante, hasta que, decidiéndose al fin, se acercó á ella y llamó á la puerta. Cubriéndose el rostro con el manto, Sélima bajó al punto, y abriendo un postigo, preguntó al extranjero qué se le ofrecia.

— Soy un pobre peregrino, respondió, que en nombre de Dios os demando hospitalidad.

— Entrád, dijo Sélima, y esperad un momento, mientras doy aviso de vuestra llegada á mi anciana madre, para que disponga lo conveniente.

Sélima, sin revelar sus vehementes sospechas acerca del personaje, previno á Justina y ordenó á la criada que condujese al huésped á una estancia en el fondo de la casa y le preparase un lecho y cuanto pudiera necesitar.

Vino la noche; pero Sélima ni logró conciliar el sueño, ni halló paz ni descanso. Agitada por contrarios impulsos, en su febril exaltacion veia doquier la sombra de Aléxis y oia su lúgubre voz, que le pedia venganza. «No cabe dudar, se decia á sí propia. Aunque yo desoyera mi acerbo resentimiento, y la sangre de mi herido corazon no clamase por la del autor de mi desventura, la fatalidad, que lo trae á mis manos, me dictaria el camino que debo seguir. No, no temas que desmaye. Juré vengarte, y te vengaré. Cálmate, Aléxis mio: su odiosa vida será inmolada en desagravio de tu injusta muerte.»

En esta siniestra agitacion la sorprendió el alba. Se levantó muy temprano, y supo que el huésped, que habia madrugado más que ella, despues de haber subido al mirador y contemplado los alrededores, llamó á Justina, á quien hizo presente que, teniendo poderosos enemigos entre los corifeos del bando triunfador, y recelando que en su daño no quisieran aprovecharse del influjo que ejercian en el Califa, apelaba á sus buenos sentimientos para que, durante dos ó tres dias, lo tuviese oculto en su domicilio, guardando de ello el mayor secreto. Y la bondadosa Justina, que ni remotamente

sospechaba quién fuese aquel peregrino, y que, á más de ser la hospitalidad precepto religioso en los pueblos musulmanes, sabía por dolorosa experiencia los atentados á que daban lugar las ambiciones y turbulencias de aquella época aciaga, desde luégo asintió á los deseos del desconocido, ofreciéndole de buen grado la paz de su hogar.

Sélima se enteró de todo minuciosamente, sin hacer ya menor observacion; y recomendando mucho á la sirviente que negase haber allí ninguna persona extraña, en el caso poco probable de que á aquella humilde mansion, conocida en los alrededores por *la casita de la loca*, se acercase álguien á preguntarlo, se despidió de Justina, y envuelta en su manto, tomó el camino de la ciudad.

Ya dentro de sus muros, oyó el redoble de un atambor, y vió que la gente se dirigia presurosa hácia una plaza, donde sonaba el estrépito. Comprendiendo que aquello era el anuncio de algün pregon, movida por la curiosidad, tambien acudió á enterarse de lo que ocurría. El redoble era, en efecto, señal de un bando que iban á echar, y al aproximarse al sitio en que estaban los oficiales de justicia, oyó estas palabras del pregonero:

.....«Nuestro excelso y poderoso señor, el Califa Hixem II (Dios le sea propicio), ofrece, por un acto de su voluntad soberana, á cualquiera que presente, vivo ó muerto, al odioso usurpador Mohamed, la recompensa de quinientos mitcales de oro, que le serán inmediatamente satisfechos por el tesoro imperial. Item más; si el que prestase tan inminente servicio hubiese anteriormente incurrido en falta ó delito alguno, le será desde

luégo remitida la pena á que se hubiese hecho acreedor, quedando borrados todos sus efectos...»

Enterada del bando, y no descontenta, por cierto, de que se le hubiera proporcionado oportuna ocasion de conocerlo, se encaminó á su morada. Al entrar en ella se encontró con un billete, que habian recomendado muy particularmente á la sierva que lo habia recibido. Se apresuró á abrirlo, y vió que contenia otro papel. El billete decia así :— « La mansa oveja se convirtió, al despertar, en furioso leopardo. Su resentimiento es mucho mayor de lo que pudiera creerse. Una nube de sangre lo ciega. A cada paso habla de la infidelidad de sus mujeres, y jura castigar su torpe ingratitud. Tal vez algun enemigo oculto lo excita en tu daño. Aprovechate de ese salvo-conducto. Miétras no se disipe la tempestad, en cualquier parte puede caer el rayo. No pierdas tiempo. De nada responde tu amigo...»

Seguramente no habia para ella otro mejor partido que seguir el prudente consejo de Wadha ; que de él, como habrá adivinado el lector, era la misiva, aunque no la firmase. Sélima, sin embargo, dominada constantemente por la misma idea, no se resignaba á dejar á Córdoba sin ver ántes realizada su venganza.— « Sí, partiré, dijo para sus adentros ; pero luégo que hable con Wadha. Nadie más interesado que él en deshacerse de un enemigo tan terrible como Mohamed. Ya que no supo ó no pudo salvar la vida de Aléxis, que sirva al ménos á vengar su muerte.»

Hechas estas reflexiones, cogió una pluma y un papel, y escribió estos renglones :

«No echaré en saco roto el consejo. Huiré donde no pueda alcanzarme el rayo; mas quiero ántes pagar favor con favor, revelándote un secreto, para tí de importancia suma. El tiempo urge. Vén á verme sin tardanza.»

Cerró la carta y la confió á una de sus siervas, con orden expresa de entregarla al mismo interesado, ó no hallándole, de ponerla en manos de Ambaro, su secretario y confidente, con exclusion de cualquier otra persona. Esto último verificó la mensajera, que no pudo hallar á Wadha.

Desgraciadamente pasó aquel día y su noche sin que el camarero de Hixem se diese por entendido (luego se supo que la carta llegó tarde á sus manos), y al sol siguiente, llena Sélima de recelos y presentimientos, se disponia á salir de su domicilio, cuando se le presentó de improviso un oficial de palacio intimándole una orden del Califa, por la cual debia ser inmediatamente conducida al alcázar. Los temores de Sélima se realizaban al fin, y la tempestad rugia sobre su cabeza. Sin embargo, las vicisitudes de la fortuna la habian fortalecido, y lejos de amilanarse y desmayar en tan apurado trance, comprendiendo que su vida dependia acaso de su serenidad y destreza, sin entregarse á inútiles lamentos ni oponer la más leve resistencia, con aire grave y tranquilo entró en la silla de manos que le traian dispuesta, y se puso en marcha, escoltada por el oficial y cuatro soldados de la guardia del Califa.

IX.

Los crueles instintos de que ya Hixem habia dado muestra, aunque pasiva, en alguna ocasion, y que yacian como embotados y adormecidos en su débil y enervada naturaleza, se avivaron y crecieron al viento de la adversidad. La sed de venganza devoraba su alma enferma, y su bastarda energía se exhalaba en desordenados raptos de irreflexiva cólera. Desde el momento en que volvió en triunfo á su palacio, fué su primera disposicion establecer una especie de tribunal de sangre, para castigar con el mayor rigor los atentados á su sagrada persona, — que hoy llamariamos de lesa majestad. — Mas, como el verdadero reo, objeto principal de su ojeriza y de su saña, se le habia escapado de entre las manos, con el fin de aligerar un tanto su corazon del ódio que en él rebosaba, y miéntras daban algun resultado las comenzadas pesquisas, habia llamado á comparecer ante aquella apasionada magistratura, que él mismo presidia, á las miseras mujeres de su disuelto harem.

Cuando Sélíma llegó á palacio fué introducida en la antecámara del estrado donde actuaba el tribunal, y allí,

despojándola de su manto y ligándole con esposas las blancas y delicadas muñecas, trance inesperado que quebrantó su entereza, la dejaron en aquella disposición esperar á que la llamasen para ser juzgada.

En tanto que aguardaba, llena de sobresalto é incertidumbre, oyó sollozos y lamentos en la pieza contigua, lo cual acabó de desconcertarla, creyéndose perdida sin remisión.

A poco se abrió la puerta y Sélima fué introducida en la sala del Consejo.

Hixem estaba sentado en un escaño de terciopelo carmesí: á su derecha, el Kady de los kadies, es decir, el supremo magistrado, asistido de dos de su orden, y á su izquierda, con una espaciosa mesa delante, cubierta de un tapete de rojo damasco, en la cual se veían sendos tinteros de metal, finas plumas de caña y varios papeles y pergaminos, dos khodjas ó escribas, encargados de consignar las declaraciones y extender los fallos.

Aunque Sélima se presentó en actitud modesta, y por consiguiente, con los ojos bajos, por ese dón peculiar á todas las de su sexo, de ver áun cuando no miren, desde luego advirtió notable cambio en la fisonomía del Califa, y sobre todo, cierta expresión sombría y ceñuda, muy poco tranquilizadora.

Sélima se inclinó ante el Emir, cruzando los brazos sobre el seno, cuanto se lo permitía la breve cadena que mediaba entre ambas esposas, y andando algunos pasos, se paró á respetuosa distancia del tribunal.

— En nombre de Alah, le dijo el Kady, que lee en el fondo de nuestros corazones y guarda terribles penas

para la falacia y la impostura, te invito á decir verdad en cuanto sepas y te se pregunte.

— Así lo haré, contestó ella sin levantar la cabeza.

— ¿Eres tú Sélima, la infiel odalisca de nuestro excelso señor Hixem II?

— Sélima soy, hija del noble Hassan, muerto en defensa de la Santa Ley y del trono de nuestro venerado Emir.

— Circunstancia que te valió para ganar el favor del generoso Califa é introducirte mañosamente en el harem imperial, sin perjuicio de afrentar más tarde la memoria de tu señor.

— Alah me es testigo de que no abrigué jamas tal intento. Huérfana y desvalida, la gloriosa Sobeya (de feliz recuerdo) me tomó bajo su proteccion; y estimando mis pobres dotes en más de lo que valian, ella fué la que me introdujo en el harem imperial, abriendo mi corazon á la esperanza de llegar á ser esposa del Califa. Pronto me convencí de que yo no habia nacido, no digo ya para tal preeminencia, pero ni para inspirar el más leve sentimiento de amorosa aficion al excelso Emir de los fieles. Ni una queja salió de mis labios. Desde luégo comprendí que yo no era más que un ave sin nido, destinada á halagar con sus gorjeos los ocios de su señor. Mi dueño munífico y liberal me colmaba de ricos presentes, y por mi parte, satisfecha y feliz, toda mi ambicion hubiera sido que aquella existencia se prolongase hasta el fin de mis dias.

Sélima, que habia dado á su bello semblante la más sentida expresion y apelado á las más dulces inflexiones

de su voz insinuante en la poética explicacion de su estado cerca de Hixem, notó muy luégo, con honda zozobra, en la yerta fisonomía de los jueces el ningun efecto de sus palabras. Sin duda estaba condenada de antemano : lo que allí se buscaba era una víctima.

— ¡Vanas frases! dijo el Kady. ¿Cuál fué tu conducta (que es lo que importa) á la desaparicion de Hixem de este alcázar?

— Creyendo que habia sucumbido, no de muerte natural, sino asesinado por Mohamed, contestó Sélima, más atenta al peligro que la amenazaba que á los fueros de la verdad, me cubrí de negros crespones y me encerré en mis aposentos. El usurpador me propuso que pasase á su harem, lo cual rechacé horrorizada, manifestando mi resolucion de vivir léjos del mundo, entregada á mi dolor y á mis recuerdos.

— ¿Y cumpliste el propósito?

— Viví muchos meses con luto en el cuerpo y luto en el alma, pidiendo un dia y otro á Dios que no dejase el crimen de Mahomed sin castigo. Suleiman quiso hacerme su esposa. Yo me creia libre y... es verdad, no rechacé sus pretensiones; mas le puse por condicion que ántes habia de vengar la muerte de Hixem. No volvió á hablarme de amores; pero sublevó contra el usurpador á los berberies, y cuando en la sangrienta batalla de Quintos venció al tirano, se me presentó de nuevo y me dijo: « Los manes de Hixem están vengados. Si al arrancar el trono á Mohamed no pude tambien arrancarle la vida, es que Alah sólo dispone á su arbitrio de nuestra existencia. » Entónces lo admití como esposo.

— Tu relacion es incompleta y es forzoso que yo la acabe. Y el tosco africano, un oscuro aventurero, aunque no faltó quien le dijese, despues de su victoria, que el legitimo Emir existia, osó fijar la planta en el trono, haciéndose á su vez usurpador ; y tú, su cómplice, no habiendo podido llegar á ser esposa de Hixem, buscaste compensacion á tu vanidad herida, llamándote la sultana de Suleiman. Mujer infeliz, lo que expones en tu defensa es tu mayor acusacion, y la ley te condena.

Sélima no respondió palabra.

— ¿ Nada más tienes que alegar en tu descargo ?

Sélima se consideraba perdida, y con los ojos bajos continuó sumida en hondo silencio.

— ¿ Nada más tienes que alegar en tu descargo? repitió el Kady con glacial monotonía.

— Si tengo, contestó Sélima, animándose su abatido rostro, como dia nublado con súbito rayo de sol que se entra por una rotura del hosco celaje.

— Habla, pues, le dijo el Kady con incredulidad. Y ella, con ardorosa vehemencia, prosiguió:

— Si la ley me condena, la ley tambien me salva. ¿ No es el Emir de los fieles el dispensador de la justicia en la tierra? ¿ No es ley acaso su voluntad soberana, solemnemente manifestada á su pueblo?

— No comprendo lo que quieres decir.

— En el sagrado nombre del Califa se ha publicado un bando, en el que se ofrece al que presente á Mohamed, vivo ó muerto, la recompensa de quinientos mitcales de oro y la cumplida remision de su pena, en el caso de que hubiese ántes incurrido en cualquier delito, sin excepcion alguna.

— ¿Y bien? preguntó ahora con vivo interés el Kady.

— Que si yo fuera quien entregase á Mohamed, desde luégo quedaria libre y absuelta.

El Kady, que no se esperaba tal medio de defensa, sorprendido y perplejo, miró al Califa, por adivinar en su rostro la respuesta que debia dar; y viendo que su señor, desarrugado el ceño con mal encubierta alegría, bajaba la cabeza en señal de asentimiento,

— Ciertamente, exclamó. La palabra del Iman de los imanes, sombra de Dios en la tierra, es sagrada, y con la vida de Mohamed rescatarias la tuya. Pero ¿puedes tú verdaderamente hacer lo que indicas?

— Lo puedo... si Alah me da ayuda.

— ¿Y, si fuera un pretexto?...

— Mujer, dijo Hixem interrumpiendo al Kady. Si es verdad que sabes dónde Mohamed se oculta, decláralo al punto, y estás perdonada.

— Caigan, señor, de mis manos estas esposas; ordenad que álguien de vuestra confianza me siga con dos ó tres guardias, y ántes de una hora Mohamed estará en vuestro poder.

Hixem accedió en seguida á lo que Sélima proponia, y Ambaro, el esclavo, fué designado para acompañarla con cuatro guardias leales y decididos.

En tanto que Sélima con su pequeña escolta, los unos á cierta distancia de los otros por no llamar la atencion, se dirige al domicilio de Justina á salvar su vida y consumir su venganza, fuerza es que sepa el lector los importantes sucesos que en aquel modesto albergue ocurrian.

Leila, que habia salido con su canasto á comprar comestibles en las cercanías, regresó á poco muy agitada, y presentándose á Justina,

— ¡Oh mi ama! le dijo con trémula voz. Acabo de saber que ese romero es el mismo Mohamed en persona. Cuentan que se escapó por una mina del alcázar. Los katschefs están registrando las habitaciones contiguas y van á registrar ésta tambien.

Al oir á su sierva, Justina se apretó con las dos manos el corazon, haciendo un supremo esfuerzo para contener el hipo convulsivo que empezaba á amagarle.— « Agua, agua pronto », exclamó, y santiguándose una y otra vez con indecible afan, « Dame fuerzas, Dios mio, y no me abandones en esta terrible prueba. »

Leila le sirvió el agua que pedia, cuidando de verter en el vaso algunas gotas de un elixir, prodigioso remedio de un médico persa, que su ama solia tomar para calmar y áun prevenir sus ataques, ya ménos intensos y frecuentes, como tenemos dicho. Despues de beber un poco y de besar una medalla de la Virgen, que sacó del pecho, un tanto confortada, Justina se dirigió sin vacilar al aposento de su huésped. No bien abrió la puerta, Mohamed, que se hallaba sentado en un almohadon sobre una esterilla de palma, con las piernas cruzadas y la barba sobre el pecho en actitud reflexiva, alzó los sombríos ojos, y viendo que era su bondadosa huésped, esperó tranquilo á que ella le hablase.

Justina se adelantó hácia él, y con resuelto continente, voz temblorosa y sacudida é indefinible expresion, le apostrofó de esta manera:

—Tú no eres el romero que dices, sino Mohamed, el califa depuesto.

—Lo mismo da para la hospitalidad que me concedes; pero ya que lo sabes, guarda el secreto, pues va en ello mi vida.

—¿Y tú, que me arrancaste la mia, verdugo cruel, quieres ahora hacerme guardadora de la tuya, que aborrezco?

Mohamed se puso de pié, como impelido por un resorte.

—No te comprendo, dijo arqueando las cejas y mirándola con asombro.

—¿No me comprendes? repuso Justina. Y abriendo con trémula mano una ventana que daba al jardín,— Mira, añadió señalando la blanca losa que sellaba la tumba de Aléxis; ahí, ahí bajo ese mármol yace el hijo de mis entrañas, el infeliz juglar que inmolaste para hacerlo pasar por el cadáver de Hixem. ¿Me comprendes ahora?

Mohamed retrocedió dos pasos, y, viendo con espanto el lívido y airado rostro de Justina, llevándose la mano á la frente, exclamó:

—¡Estoy perdido!

—Sí, estás perdido, porque la sangre del inocente te acusa y la ira de Dios te persigue.

—Basta, basta, mujer infernal; entrégame á mis enemigos, ó toma esta daga y sacia en mí tu sed de venganza.

—Soy cristiana, y no puedo manchar en sangre mis manos. Te has amparado de mi hogar, y no puedo venderte.

—¿Qué pretendes, pues?

—Lo que Cristo me ordena desde la cruz y mi hijo me está pidiendo desde el fondo de esa huesa: salvarte y perdonar.

Mohamed creía soñar despierto.

—Los katschefs, continuó Justina, andan registrando las casas contiguas, y acaso están llamando ya á mis puertas. Huye, huye de aquí, cuando es tiempo todavía.

—¿Cómo? ¿por dónde?...

—Por la puerta falsa. A cortos pasos hallarás unos cañizales que guarnecen un arroyo: allí podrás ocultarte.

—¿Cómo pagar...

—Cuida de tí. Tú nada me debes. Dios sólo, añadió alzando los ojos al cielo, puede volverme á mi hijo. Sígueme.

Lleno de lúgubres recelos, al par que admirado y confuso, obedeció Mohamed; y ella, con paso vacilante, lo llevó á un patinillo que habia á espaldas de la casa, y le abrió el postigo que daba al campo.

Cuando Justina volvió, titubeante y sosteniéndose en las paredes, á su habitacion, le faltaron las fuerzas para contener el acceso con que luchaba, y desplomándose en los brazos de Leila, dió rienda suelta á su terrible risa. Aunque el ataque en aquella ocasion fué poco intenso y duradero, quedó la infeliz en tan hondo abatimiento y postracion, que ni intentó siquiera levantarse del lecho, en que yacia como un tronco, miéntras Leila fué á la cocina á prepararle un cordial.

A corto rato de la escena descrita, Sélima, muy rebujada en su manto, llegó con sus acompañantes al domi-

cilio de su protegida, muy ajena á lo que en él acababa de acontecer. Dejando á los guardias convenientemente apostados, se adelantó con Ambaro y llamó á la puerta. Como Leila se hallaba en aquel momento en la cocina tamizando el cocimiento que acababa de hacer, algo tardó en ir á informarse de quién llamaba, lo que dió lugar á que la impaciente Sélina golpease de nuevo y á que Justina, á pesar de su estado, acudiese ella misma á la puerta, donde ya encontró á la criada, que la estaba abriendo.

— ¿Y el peregrino? preguntó Sélina entrando en la casa, seguida de Ambaro.

Justina miró con desconfianza á aquel desconocido, y más con el gesto que con la palabra, dió á entender que su huésped se había marchado.

Sélina creyó que la infortunada, atenta á los deberes de la hospitalidad é ignorante de quién fuese el refugiado en su hogar, no quería descubrirlo; y por desvanecer en ella todo escrúpulo y que no fuera á dificultar el arresto,

— Justina, le dijo, ¿á qué guardar una sierpe en el pecho? Ese fingido romero es Mohamed, el asesino de Aléxis. La cólera divina lo arrojó á tu hogar para que tú misma lo entregues al brazo dé la justicia. Vamos, pues, donde se oculta. ¡Bueno fuera, madre desventurada, que escudases ahora al verdugo de tu hijo!

Por toda contestacion, Justina alzó los ojos al cielo, y de ellos se desprendieron dos lágrimas.

En esto, y á pesar de las protestas de Leila, que confirmaban la certitud de la evasion, Ambaro y los guar-

días registraron la casa, convenciéndose pronto de que, en efecto, Mohamed no estaba en ella.

—Pero, ¿cuándo, por dónde se ha ido? gritaba Sélíma desesperada.

Como Justina, con incierta expresión y vago mirar, permanecía pasiva y muda, cual si rendido hubiese las potencias de su espíritu el sublime esfuerzo de aquel día, Leila contestó por ella, que no podía haber trascurrido mucho tiempo desde la fuga del peregrino, pues que hacía una hora, ó poco ménos, que se hallaba en la casa; pero que no lo había; como era verdad, sentido partir, ni le era posible determinar la dirección que hubiese tomado.

—¡Desgraciada de mí! exclamó Sélíma. Estoy perdida.

Y Ambaro, sin detenerse en más explicaciones, salió fuera, y con sus guardias siguió camino arriba, por ver si lograba dar con la pista del fugitivo.

A cortó trecho se topó con unos katschefs que andaban rondando los alrededores, y con ellos y los suyos organizó una batida en un circuito de pequeño radio, y cuyo punto céntrico era la casa de Justina. Repartida y convenientemente dispuesta la gente, empezó el ojeo; y no hubo sendero que no se recorriese, vivienda que no se registrase, manchón que no se reconociera, ni valla, tronco, mata, quiebra ni accidente alguno del terreno que con viva solicitud no se escudriñara, ni quedó rama sin sacudir ni piedra sin remover. Inútil celo, ociosa faena. De vez en cuando, de aquí y acullá, salía, como flecha disparada, alguna alimaña, ahuyentada por el afanar de los exploradores, ó de la copa de algún árbol

levantaba el azorado vuelo un ave asustadiza. Pero de Mohamed nada ni nadie les daba razon, ni era posible hallar de su escondite ó de su marcha la menor señal ó indicio. Cansado Ambaro de su inútil porfia, determinó volverse á la ciudad á dar cuenta á su señor del mal éxito de la mision que le confiára; y despidiendo á los katschefs, que se dispersaron en diversos sentidos, echó con sus guardias por una senda que, cruzando várias heredades, conducia en poco tiempo á las puertas de Córdoba. Ambaro caminaba delante, silencioso y reflexivo, cuando al atravesar uná cerca se encontró con un labrador, amigo suyo, que, con una ballesta de cazador terciada á la espalda y acompañado de su perro, iba á tomar la misma vereda.

— Alah te guarde, dijo el labriego.

— Él te tenga en su gracia, Yaferí, contestó Ambaro parándose. ¿De dónde vienes? ¿Vas de caza?

— Vengo de Hornachuelos, y voy á mi pegujar. Me tercié la ballesta por si algo me salia por el camino; pero hoy estoy de malas.

— ¿De Hornachuelos?

— Allá fuí á ver si cobraba unos dineros que me debe un cuñado mio y que me hacen bastante falta; pero en mal hora nació; el pedrisco le ha destruido la sementera, y lo hallé tan triste y menesterozo, que en vez de darme él lo que me adeuda, tuve yo que dejarle algunas monedas que llevaba. Así que, amén del cansancio, traigo el estómago hueco y las manos vacías.

— Y ¿no te has tropezado por el camino con un anciano de barba blanca y traje de romero? preguntó Am-

baro prosiguiendo su marcha con el campesino al lado.

— Sólo hallé á la bajada de la sierra á unos leñadores, y despues alguno que otro aldeano ; mas no he visto á ningun romero.

— Es que con ese disfraz anda escondido por estos alrededores, sin que hayamos logrado dar con su persona, Mohamed, el depuesto Califa, y no puede estar léjos de nosotros, supuesto que hoy á mediodia dejó la casa de la loca, donde se habia refugiado.

— Entónces, ciertamente no debe de hallarse muy léjos.

— Tú conoces palmo á palmo estos contornos, y, como cazador, ninguno te gana en rastrear una zorra ó tomar los vientos á un jabalí. ¿Por qué no te echas á buscar al proscrito? Su cabeza vale quinientos mitcales de oro, con los cuales cambiarias tu suerte y podrias reirte del pedrisco que asoló el campo de tu cuñado.

— Libreme Alah de abrasar mis manos con el precio de la sangre. Yo no conozco á Mohamed; pero mi padre fué servidor de su casa, y de ella me viene el pedazo de tierra que me sustenta. Esas monedas caerian como ascuas de fuego sobre mi alma. Libreme el cielo de mezclarme en lo que no me atañe. Prefiero mi tranquilidad y mi pobreza.

Con esta salida de Yaferí desmayó la conversacion, y aún cesó del todo, quedando cada cual entregado á sus propias reflexiones.

Detras de ellos iban los guardias, y delante el perro, meneando la cola y volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar á su dueño.

Al pasar á corto trecho de una arroyada que, en parte, se escondia en confuso golpe de alisos, mimbrones y lozanas cañas, atraído por el rumor del agua echóse el podenco por la escabrosa márgen, y, desapareciendo á la vista de los caminantes, empezó á ladrar como si lo sorprendiese y excitase la presencia de algun objeto extraño.

El paraje aquel habia sido ya ántes registrado minuciosamente, y Ambaro pasó de largo, sin dar importancia á los ladridos. Mas como el Yaferí llamase á su can, y éste, sin obedecerle, continuase atronando la cañada, se acercó receloso á la orilla, y con él uno de los guardias, que, picado de curiosidad, se desprendió por las rocas, y penetrando en la espesura, se puso á dar voces desaforadas á compas de los ladridos del perro. Retrocedió entónces Ambaro, y descendiendo todos, ménos el Yaferí, al lugar del estruendo, hallaron al desgraciado proscrito, encogido en el estrecho hueco que formaban al unirse dos peñas cubiertas de musgo, escondidas entre confusas ramas y espeso follaje.

—¡Maldito perro! exclamó el Yaferí; no volverás á comer del pan que amasen mis manos.—Y disparándole una flecha, lo dejó muerto al pié de un árbol, y siguió adelante su camino.

Mahomed, entre tanto, salió de su escondite, y sin oponer resistencia alguna, se dejó atar los brazos con fria resignacion, y fué en tal guisa conducido á Córdoba.

Sélima, que desde la azotea de la casa de Justina paseaba los ávidos ojos por el paisaje, esperando inquieta

el desenlace de la triste cacería organizada por Ambaro, viendo que traían preso á Mohamed, descendió presurosa á participar el suceso á su amiga, siendo su primera idea que ambas se agregasen á la escolta del reo; pero hallando á Justina en estado de profunda postracion, y como indiferente á la noticia ó incapaz de comprenderla, resolvió marcharse sola, y saliendo al campo, tomó la misma direccion de los que al preso conducian, en pos del cual se iba juntando toda la gente que se encontraba al paso.

La nueva cundió rápidamente, y al llegar el mísero proscrito á la plaza de palacio entre un piquete de kastchefs que se habia unido á los guardias, ya la llenaba inmenso concurso; pues viciada la índole del pueblo en las revueltas civiles, y secas en él las nobles y delicadas fibras de la piedad y del sentimiento, habia cobrado particular aficion á aquellas escenas lamentables.

El preso fué introducido en el alcázar, y la muchedumbre cruel, ávida de emociones, viendo impaciente que pasaba el tiempo sin que nada ocurriese, empezó á pedir con gran vocerío la cabeza de Mohamed.

Los bárbaros deseos de la innoble turba no tardaron en quedar satisfechos. De pronto se abrió el gran balcon del palacio, y haciéndose en la plaza lúgubre silencio, un jeque presentó al pueblo la lívida cabeza de Mohamed, mientras dos soldados africanos arrojaban á la plaza el mutilado tronco, que, por acaso ó fatalidad, fué á caer á los piés de Sélima, salpicándola de sangre.